

**SIMON BOLIVAR**  
**Y el Nacionalismo del**  
**Tercer Mundo**

SIMON  
**BOLIVAR**  
Y EL NACIONALISMO  
DEL TERCER MUNDO

VIVIAN TRIAS

SIMON  
**BOLIVAR**

Y EL NACIONALISMO  
DEL TERCER MUNDO

**Colección de Historia y Política Nacional**

**LUCIANO SOARES EDITOR**

**Colección de Historia y Política Nacional**  
**Director: Oscar Castellucci**

© LUCIANO SOARES EDITOR, 1987  
Dirección: Cosquín 5343 - Capital

ISBN Nº 950-99171-0-9  
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Distribución Uruguay: Editorial EL GALEON  
Maldonado 1400 - Montevideo

Printed in Argentina - Impreso en Argentina

### **ADVERTENCIA**

La presente edición de este texto inédito de Vivian Trías se llevó a cabo trabajando sobre una fotocopia del manuscrito original. El deterioro del mismo generó algunas pequeñas lagunas que fueron salvadas reconstruyendo el sentido y colocando el texto correspondiente entre corchetes.

# I PROLOGO

**A**unque compartimos sus anhelos por el destino de los pueblos latinoamericanos y su avidez por establecer los orígenes de las fuerzas económicas y sociales que modelaron el nacimiento de las naciones rioplatenses y que condicionaron —y todavía condicionan— su crecimiento, nunca tuvimos oportunidad de conocer personalmente a **Vivian Trías**.

Distintas vertientes de pensamiento nos mantuvieron entretenidos por caminos paralelos y el confinamiento impuesto a los hombres del campo popular por las dictaduras militares que se abalanzaron sobre Uruguay y Argentina demoró el inevitable encuentro fraternal y militante, impedido luego por la presurosa partida de este infatigable lu-

chador oriental.

Pero igualmente conocimos a **Vivian Trías**, recorrimos la intimidad de sus reflexiones, cavilamos sobre sus mismas preocupaciones y palpítamos con sus esperanzas de triunfo. Porque todas estas expresiones, todas estas pistas para acercarse a su vigorosa personalidad quedaron sencillamente expuestas en sus libros y en sus ensayos recogidos por la prensa efectivamente seria, porque está seriamente comprometida con la expresión y la defensa de los intereses populares.

Su presentación al círculo político nacional de esta margen del Plata estuvo a cargo de otro gran buceador del pasado, de otro gran iluminador de los acontecimientos que se proyectan con claridad segura sobre los hechos del presente, **José María Rosa**, quien a comienzos de la década del 60—tan preñada de expectativas para los sudamericanos—nos recomendó, con elogiosos comentarios, la lectura de "**Las montoneras y el imperio británico**" recién editado en la Banda Oriental.

El contacto con esta obra tuvo para muchos de nosotros un efecto revelador. No solamente prolongaba la visión de una trama—ya vislumbrada por otras cabezas del revisionismo—urdida por el imperialismo para derrotar o, si era posible, neutralizar los movimientos liberadores de los países dependientes sino que además delataba la presencia de un estudioso, de sólida formación intelectual y clara concepción nacional y popular.

A partir de entonces quienes abrevamos en el pensamiento nacional para orientarnos en la resolución de nuestros dilemas políticos tuvimos en **Vivian Trías** una voz rec-

tora, una opinión autorizada, para enriquecer nuestras meditaciones y ajustar nuestro entendimiento.

Nos resultó, por lo tanto, altamente gratificante la incitación de algunos parlamentarios amigos uruguayos para darnos a la tarea de buscar los artículos, las notas y las colaboraciones que hubieran quedado dispersas por nuestra tierra como fruto derramado de su fecundo talento. Y esta búsqueda tuvo una satisfacción especial, ya que, merced a la devoción amical del historiador oriental **Carlos Machado** hallamos un breve pero enjundioso trabajo inédito de **Vivian Trías** sobre el **Libertador Simón Bolívar**.

Es probable que esta aguda evocación de la gesta bolivariana, fechada por el año 1976, haya sido preparada por este puntilloso e infatigable trabajador de la cultura para ser presentada ante alguna entidad de Venezuela, país que realiza frecuentes convocatorias para ahondar en el conocimiento y mantener vivo el recuerdo de su prócer fundador. Pero quiso el destino que la ruptura de relaciones diplomáticas de Uruguay, por entonces dominado por el poder militar, y Caracas desviara la trayectoria de este manuscrito hacia la Argentina donde se conservó hasta el presente. El hallazgo, entonces, comporta una doble satisfacción. Por un lado lo, salva del olvido y, por el otro, permite—por primera vez—su publicación en el continente.

En esta obra, **Trías** exalta dos conceptos que reflejan su contextura ideológica y que lo orientan en su práctica política.

Uno es la idea de la existencia de la nación, como realidad irrenunciable e imprescindible sobre la cual se vertebra el destino trascendente de las comunidades humanas.

Otro, es la figura del caudillo como fenómeno común a la historia de todos los pueblos en tránsito a la conformación de su propia identidad.

Nación y caudillo, entonces, se convierten en los pilares que soportan la interpretación de la historia política de los países y no constituyen estigmas ni lastres atribuibles exclusivamente a la idiosincracia latinoamericana. Ese argumento limitativo y denigrante sólo puede alimentar el discurso de los necios y malintencionados en la caracterización de los grandes movimientos sociales que conmueven a nuestros pueblos.

De esta singular perspectiva revive la figura de Bolívar, apartándose de la solemnidad del bronce que congela, para entregarlo actual y palpitante a la consideración de los contemporáneos.

Así rescata al líder popular acuciado por encontrar las respuestas a las cuestiones sociales y nacionales de los pueblos que protagonizan la guerra de la independencia a través del mismo proceso emancipador.

En estos términos analiza las relaciones del Libertador con los caudillos rioplatenses valiéndose de cartas, mensajes y testimonios dejados por oficiosos intermediarios.

Y puede desentrañar esta comunidad de sentimientos y expectativas porque el autor comprende que los conductores de masas pueden empujarse sobre su conciencia nacional para superar las limitaciones de su comarca y contemplar la subyugante utopía de la Patria Grande.

Con especial maestría describe los esfuerzos desplegados por Bolívar para reunir el Congreso en Panamá, en

1826. Disculpa la incompreensión de unos y denuncia la oposición solapada de otros que hicieron naufragar, finalmente, el proyecto unificador.

Las comparaciones con el presente son inevitables. Los símiles surgen de la simple lectura. Bernardino Rivadavia, gobernante de las Provincias Unidas del Río de la Plata, boicotea la reunión. Considera que conformar un frente común ante el invasor imperial es una peligrosa osadía que puede exponernos a riesgosas represalias. No confía en la fuerza de los pueblos. Asegura que no se puede y opta por pactar con el opresor. Bastaría reemplazar la fantasmagórica imagen de la Santa Alianza por la actual asociación de poderes financieros internacionales para trasladar el cuadro, con sus mismas luces y sombras, a nuestro presente.

Esta vinculación, o mejor, esta continuidad entre el pasado y la actualidad la plantea el mismo Vivian Trías cuando caracteriza a Bolívar como el precursor del nacionalismo contemporáneo del Tercer Mundo o cuando rescata a los movimientos antimperialistas, nacionales y populares —entre los cuales menciona al irigoyenismo y al peronismo en la Argentina— como herederos de aquellas primeras luchas independentistas.

Es que para el autor, y allí reside una de las claves que mantiene fresco y actuante a su pensamiento, el dilema de los pueblos americanos sigue siendo el de la liberación o la dependencia.

En este sentido encaminó su lucha, con esa orientación ordenó su pensamiento.

Su legado, resumido en su acción política y su obra

escrita, es un aporte invaluable para los sectores del campo popular que cada día reinician su lucha contra el imperialismo.

**Alfredo Carballeda y Miguel Unamuno**

Buenos Aires, noviembre 1987

## II PROLOGO

“El ensayo lo estoy terminando y he logrado un aporte muy bueno con documentos que prueban un plan concertado por Bolívar con Dorrego y con los caudillos del interior encabezados por Bustos, para confederar al Río de la Plata con las naciones bolivarianas y una alianza militar para rescatar la Provincia Oriental de manos del Brasil”. Así me lo escribió cuando estaba cerrando aquel año terrible que fue el '76. Lastimado y dolido por una escalada homicida que pudo parecer invulnerable, escarbó en el pasado encontrando simientes para la esperanza. Partió de las cartas del Deán Funes y vislumbró la proyección del plan bolivariano. La formuló con expresión rotunda (de cuño castellano y distante, por eso, de cualquier confusión desgraciada) un pueblo, una patria, un caudillo.

Acosado por la dictadura que quiso silenciarlo cercándolo en Las Piedras (divulgaban entonces que se le impediría salir al exterior con orden de captura en puertos y aeropuertos, lo encerraban en su biblioteca), redobló su trabajo. Como había sucedido casi diez años antes. En la "predicatura" pachequista, heredera de un poder viciado por la violación cotidiana de todas las normas legales, lo habían encerrado durante varios meses en el calabozo de una guarnición. Allí escribió su "Juan Manuel de Rosas". Dedicado a su madre ("que nació en Rosario de Santa Fe y amó entrañablemente a su patria, formó su hogar en tierra oriental y aquí murió blanca y cristiana"), ese libro encerraba la clave de muchos desvelos: "La historia del Uruguay es indesligable de la historia de la cuenca del Plata y, sobre todo, lo es en el período que empieza con la Revolución de Mayo y termina con la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay de los López. Porque en esa larga y dramática etapa el objetivo de la Patria Grande sigue en juego; se lucha por ella y contra ella; se muere y se mata por ella y contra ella. Es hora ya de que los latinoamericanos nos desprendamos de la balcanización que el imperialismo nos impuso y pensemos a nuestro continente como una unidad desde todos los ángulos. Uno de ellos, justamente, el de la historia".

Porfiada, recurrente, esa preocupación alumbraba otros escritos. En "El Uruguay y sus claves. . ." partió de la punta de aquella madeja con la que se tejieron los reverses: "el triunfo de los federales artiguistas y la estrategia sanmartiniana como aspectos de una sola política, llevan de boca a un gran futuro, a la nación de dimensión

continental. Pero la artera diplomacia de Buenos Aires habría de frustrarlo. No pudo con las montoneras en los campos de batalla pero las derrotó en las intrigas sutiles que culminan en el Tratado del Pilar".

Recorrió el entramado de una historia hilvanada en la confrontación de proyectos opuestos: uno liberador, por eso nacional, continental para hacerlo de veras; el otro dependiente, portuario, porteño. Concluyó, convincente, que en el peronismo encarnaba la mejor tradición ("hoy es más vigoroso que nunca; la verdadera mayoría popular y el cauce natural de las masas combatientes").

Ese aporte no agota, ni de cerca, la dimensión de Vivian Trías. Intentando esbozarla asomamos a su trayectoria.

Estudiante avanzado en el campo de la medicina, cursa un profesorado de filosofía y proyecta después su vocación docente al campo de la historia. La lección magistral de cada curso dejó en los estudiantes huellas reconocidas y se supo expresar en lazos afectivos duraderos. Prolongó la docencia a todos los terrenos: el corrillo en los patios y los corredores entre círculos ávidos, siempre, de sus opiniones; la charla, generosa, entre sus libros (la casa siempre abierta al que llegara), el examen convertido en diálogo didáctico, de tono coloquial y contenido sabio con saldo fermental.

Pero además, la calle. Y el Partido.

Adolescente apenas, se afilió al Partido Socialista del Uruguay (1938: tenía dieciseis años). En el cincuenta y uno está en su dirección y lidera en su seno a los grupos que quieren renovarlo para fundamentar y proyectar un socialismo



nacional cuyos perfiles iba diseñando en seminarios, diarios y revistas.

En el 56 está en el Parlamento ocupando una banca hasta el 62. Son los años fecundos en que su pensamiento se traduce en los primeros libros y en que su partido —ya distanciado y pronto divorciado de todo parentesco con el juanbejustismo argentino— asume renovada identidad.

“El imperialismo en el Río de la Plata” (1960), “Las montoneras y el imperio británico” y “El plan Kennedy y la revolución latinoamericana” (1961) y “Reforma agraria en el Uruguay” (1962), traducen, de algún modo, la batalla que libra en otros planos. Anudada en lúcida propuesta formulada en el 56 (a una década y media, subrayemos, de la formación política del Frente Amplio): “necesitan (las masas) una nueva corriente política donde puedan florecer, sin limitaciones, una auténtica rebeldía y un verdadero progresismo . . .

Ha llegado el momento de romper con la dicotomía que trababa una eventual mentalidad revolucionaria en el pueblo oriental. Esa es también función del partido Socialista. Recoger los hilos de la rebeldía y del progresismo y tejerlos en un nuevo movimiento popular inspirado por ambos y que a su vez supere a ambos”. Con un interrogante: “¿No debemos tratar de ofrecer a las masas populares un camino no tradicional más amplio que el que puede ofrecer nuestro Partido por sí solo?”. Y una convicción. “No se puede construir directamente el socialismo sobre la realidad del subdesarrollo y del estatuto colonial. En las naciones dependientes, atrasadas y marginales, como el Uruguay, es imprescindible cum-

plir una etapa previa insoslayable, que prepare y cree las condiciones requeridas para la construcción socialista. Esa etapa la designamos como etapa de la revolución nacional, porque su signo definitorio consiste en la liberación nacional del imperialismo. Los objetivos económicos y sociales de la revolución nacional no son de índole capitalista ni de índole socialista (. . .); son de índole específica y propia. El instrumento capaz de llevar adelante esa primera fase, no puede ser el partido político clasista. Sino el movimiento amplio que abarque a todas las clases sociales explotadas por la oligarquía y el imperialismo”.

A gestarlo y nutrirlo dedicó sus desvelos.

Rescató la mejor tradición artiguista, hilvanó rebeldías de la historia olvidada, desnudó la presencia del imperialismo en la larga rapiña económica que padecemos, descubrió la espesa telaraña de complicidades, nominó a las quinientas familias que son dueñas de todo, anudó relaciones adentro y afuera para sumar las fuerzas para la batalla. Arturo Jauretche y José María Rosa se contaron entre sus amigos. Celebró sus cartas; alimento y aliento.

Se multiplicaron los frutos. “La crisis del dólar y la política norteamericana” es del 65. “Por un socialismo nacional” (de reedición reciente) es del 66. “Imperialismo y geopolítica en América Latina” aparece en el 67, repitiendo varias ediciones. “Juan Manuel de Rosas”, mencionado arriba, es del 69. “La crisis del Imperio” es de 1970. “Nasserismo y Caudillismo” es del 71. Buenos Aires empieza a recoger varias reediciones, de algunos de esos libros. Cátedra, tribunas, seminarios, revistas y centros par-

tidarios divulgan una prédica que no tuvo desmayos. El Frente Amplio se concreta en el 71 y Trías, en lista socialista, retorna al Parlamento.

Es el año en que se publica, **“Perú: Fuerzas Armadas y Revolución”** sobre el experimento de Velasco. Y hay tiempo para publicar **“Imperialismo y Rosca Bancaria en el Uruguay”**; acta de acusación irrefutable. . .

En el 72, brillando en la labor parlamentaria, publica **“El Uruguay y sus claves Geopolíticas”**, citado en el comienzo, y edita **“Uruguay hoy: crisis económica y crisis política”**.

El golpe no consigue silenciarlo.

En el 75, un cuaderno de **“Crisis”** (**“Paraguay: de Francia, el Supremo, a la guerra de la Triple Alianza”**) indaga en el pasado para encontrar causales de la pesadilla presente. Con aire enrarecido, también en Buenos Aires, aparece la **“Historia del Imperialismo Norteamericano”**, que editó Peña Lillo, otro amigo. El año terrible empezaba cuando apareció otro cuaderno de **“Crisis”** (**“El imperio británico”**).

En 1980, Laia de Barcelona repitió la versión de la **“Historia del Imperialismo”**. Se cerraba una lista integrada, además, por ensayos dispersos y cientos de trabajos en publicaciones periódicas o colectivas. Revistas colombianas y venezolanas contaron con su aporte permanente.

Dirigió, mientras pudo, la prensa partidaria. **“Izquierda”** por ejemplo, durante el pachecato, fue fruto de su aporte y de sus concepciones. Como **“Patria”**, en los meses muy duros del 74; o **“La Plaza”**, después.

Murió en 1980. En la misma semana de aquel plebis-

cito en que los uruguayos le dijeron que no a la consulta en que les proponían legitimar a la ilegalidad.

Vivió rebosante. Con insobornable lucidez. Con pasión generosa y con fervor porfiado. Con devoción por toda causa justa, sin conocer fatigas.

Así quemó su vida y dejó su legado.

**Carlos Machado**

Buenos Aires, octubre de 1987

# LA EMANCIPACION DE AMERICA LATINA

**L**a revolución emancipadora en hispano-américa es un capítulo de la gran transformación ocurrida entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX que dio nacimiento al capitalismo industrial, al liberalismo político, a la ilustración, al romanticismo, al apogeo de la burguesía como clase creadora. Su escenario principal en el mundo atlántico —Godechot (1), la llama “la revolución atlántica”— pero sus influencias determinantes se proyectan en todo el orbe y trastocan, irreversiblemente, los más recónditos confines.

La conquista y colonización de las Indias Occidentales es un aspecto del desarrollo y triunfo del mercantilismo.

Su independencia, lo es del desarrollo y consagración del capitalismo industrial que tiene su cuna en Inglaterra; pero cuyos embates para organizar una economía mundial abierta a sus pujantes avances, desgarrarán brechas irreparables en los Imperios atrasados y malprotegidos por su enclaustramiento, como el Español.

Si la madurez de la Revolución Industrial configura el cambio primordial en la economía, las mutaciones ideológicas y políticas concomitantes no le van en zaga en trascendencia y profundidad. El siglo XIX será calificado "el siglo de las nacionalidades", porque en su curso alcanzan plenitud los Estados nacionales como nuevo modo de articular, políticamente a las sociedades humanas. La incidencia de las masas en la vida política, la declaración de los derechos del hombre, el surgimiento de las nuevas formas de convivencia democrática, la adopción de regímenes constitucionales en lugar del absolutismo monárquico y, mismo, de novedosas repúblicas, modifican sustantivamente las comunidades políticas. La victoria de la ciencia, del pensamiento racional y, luego, en una especie de contrapunto, la explosión romántica, transmutan los sustentos de la filosofía, del arte y de la propia actitud del hombre ante la vida.

Estas deslumbrantes transformaciones envuelven a las magnas revoluciones de la época, la Revolución Industrial en Inglaterra, la Revolución de la Independencia Norteamericana, la Revolución Francesa y la emancipación de las ex-colonias españolas en Indias. Simón Bolívar postuló, con tenaz e iluminado empecinamiento, la unidad nacional de la América Hispana independiente. Tal el objetivo del Congreso de Panamá de 1826, que corona década y me-

dia de afanes, luchas, sufrimientos, muertes, sacrificios y resonantes victorias. La cuestión nacional es, pues, clave primordial del bolívarismo. Empecemos por ende, por la misma raíz: ¿qué es una nación? Los más diversos autores, desde diferentes y hasta opuestas ópticas ideológicas, coinciden en entender que es un anudamiento, una armónica conjugación de comunidades o solidaridades humanas; una economía común, una historia común, un territorio y una lengua comunes, un carácter colectivo común.

La comunidad económica, base material del Estado Nacional, es la hechura del capitalismo que arrasa con el parcelamiento autosuficiente de los feudos, que crea en su lugar, un mercado único donde productores y consumidores pueden concertarse ágilmente por nuevas redes de caminos, un único sistema monetario, un solo régimen impositivo, una creciente integración de las diversas regiones, y provoca el quebramiento de gremios, corporaciones y demás enquistamientos medioevales. Todo lo cual exige un gobierno central e indisputado, inconciliable con la dispersión de la autoridad y los porfiados localismos feudales.

La nación, sin embargo, no es, por cierto, un mero hecho económico.

La nación es protagonizada por los hombres, es una comunidad humana estable, aunque no de origen natural, sino de origen histórico, constituida por los avatares de la historia. Una nación no se puede construir sin la existencia previa de un pueblo ya solidarizado por una historia común, por fastos victoriosos que conmemorar, por derrotas que llorar, por caudillos legendarios, por padecimientos y logros comunes, por hechos y mitos enraizados en los hondo-

nes de la conciencia colectiva.

Antes que la revolución burguesa afianzara definitivamente el Estado nacional en Francia, existían, y desde tiempos inmemorables, los galos y los francos. Es lo que podemos llamar la "comunidad de tradiciones históricas". El Estado-nación, extrae su enorme fuerza determinante del enlace entre la poderosa arquitectura estatal con la solidaridad popular en la nacionalidad. Es con las naciones que arranca el ascenso de los pueblos hacia el control efectivo de sus destinos.

En la comunidad económica y en la comunidad de tradiciones históricas se sustenta la continuidad de la nación. Constituyen la garantía de supervivencia; toman a la nación irrevocable. Pero, sin duda, se perfecciona con la comunidad idiomática y la comunidad territorial.

Crear una nación es, siempre, una larga lucha, ardua, cruenta, por consolidar dichas comunidades contra las presiones dispersivas, desintegrantes que la acechan desde dentro y desde fuera.

El Imperio Español encierra en sus entrañas fuerzas cohesivas, centrípetas, unitarias en las cuales habrán de apoyarse los afanes por constituir la unidad nacional de las ex-colonias tras su independencia. Pero también contiene fuerzas centrífugas, disolventes, que tienden a atomizar, a pulverizar ex-virreinos y ex-capitanías.

La vastedad del territorio, la extraordinaria disparidad de su geografía, cordilleras gigantes, desiertos dilatados, climas inhóspitos, selvas impenetrables conspiran contra la unidad de una población rala, agrupada en comarcas donde florecen fácilmente los localismos —alentados por el singular particularismo del derecho indiano— y, mis-

mo, las rivalidades de campanario.

Aunque la más potente de las fuerzas que se oponen a la unidad nacional, reside en las propias estructuras económico-sociales del añoso Imperio. Cada colonia se organiza proyectada, económica y políticamente, hacia la metrópoli, con ella desarrolla sus más vigorosos vínculos. Produce esencialmente para exportar a la madre patria y su economía, sus instituciones, su administración se moldean para servir esa relación exclusivamente bilateral; es un diseño radial, cada segmento proyectado hacia afuera y tendiendo a aislarse de los demás. Las colonias —salvo contadas excepciones— no pueden comerciar entre sí, se les prohíben las industrias que compiten con las metrópolis, no hay rutas adecuadas que las vinculen porque no se necesitan. Sobre las extensas y aislantes distancias, se erige una organización que obvia las tendencias centrífugas.

El impulso reformador de los Borbones en el siglo XVIII agudiza ese desarrollo exógeno, en que la participación en el mercado exterior puede mucho más que la integración de la economía interna. Desde 1700 en adelante se multiplica por cinco la producción minera. Las exportaciones de oro y plata de 1750 a 1800 superan el monto total del lapso 1492-1700. Las grandes propiedades agrícolas destinadas a la exportación de cacao, café, caña de azúcar, algodón, crecen pujantemente. Monocultivo, intensificación o reverdecimiento de la esclavitud y de distintas formas de servidumbre para acrecentar la mano de obra barata y coaccionada, el surgimiento de un rico comercio exportador-importador en algunas grandes ciudades-puertos (Lima, El Callao, Buenos Aires, Santiago, Valparaíso, Guayaquil,

Cartagena, etc.) constituyen polos de desarrollo limitado y dependiente que se proyectan hacia el mercado internacional, desentendiéndose de lo que no sea su hinterland tributario. Las reformas liberalizantes del "despotismo ilustrado" acentúan la prosperidad de tales sectores de capitalismo comercial, complementarios de la economía mundial y estimulados por la Revolución Industrial en Inglaterra que se conecta con ellos por los medios ilícitos, indirectos, pero eficientes, del contrabando, la piratería y las guerras coloniales.

Paradójicamente el proceso refuerza la esclavitud disfrazada y diferentes tipos de servidumbre indígena que conforman la base de comunidades feudalizantes, pre-capitalistas, violentamente distorsionadas por su dependencia del capitalismo industrial en firme avance, mientras España decae, se rezaga y reduce a simple intermediaria entre sus colonias y las potencias más adelantadas (2).

En tanto el carcomido cascarón del Imperio se sostuvo, tales latentes y poderosas tendencias disgregantes fueron cubiertas por factores cohesivos conformados por las instituciones político-administrativas comunes, el rico idioma común, religión y cultura comunes. La revolución quebrantó seriamente esos elementos de solidaridad y, como veremos, exacerbó y tensó los vectores dispersivos subyacentes. Lo español fue vituperado y despreciado; las instituciones y jerarquías coloniales saltaron en pedazos y la religión católica, cuestionada por el Iluminismo librepensante, pese a lo cual, y aunque debilitadas, siguieron operando como un tejido conjuntivo, como prendas de identidad entre los pueblos hispano-americanos.-

A su lado emergieron otras fuerzas centrípetas, unificadoras, llamadas a adquirir vívida lozanía en el curso de las guerras de emancipación.-

Por un lado, la propia revolución con sus valores, objetivos e ideales comunes. Los azares y peripecias similares que deparan una lucha común por un fin común. El propio rudo enfrentamiento con el mismo enemigo. Todo eso, sin duda, tiende a unir.-

A lo que se suma la figura convocante, poderosamente unificadora de los grandes caudillos de la independencia. **Simón Bolívar**, el primero, por la latitud de su escenario, por la magnitud de sus victorias, por la exuberante cosecha de libertades que depararon sus denuedos.-

# I

## **SIMON BOLIVAR: Caudillo nacional de los pueblos Hispano - americanos**

**E**l rol del jefe, del conductor de masas en la incubación de las naciones, no es nuevo ni patrimonio de la historia americana.-

En las fases de germinación de las nacionalidades europeas, jugaron ese papel aglutinante ciertos reyes de las llamadas "nuevas monarquías" del siglo XVI. Empeñados en centralizar el poder en sus manos, trezando en el embrión del Estado moderno la plural autoridad de los feudos, quebraron las levantiscas desobediencias y altanerías de duques y barones, apoyándose en la capacidad financiera de la burguesía en ascenso y en los anhelos de las gentes del común, por liberarse de la despiadada tutela del señor. Algunos príncipes fueron magnéticas personalidades, cargadas de carisma, y estadistas de relevancia. Desempeñaron su

juego unificador con pasión y brillo.

Es el caso de los últimos reyes godos de Castilla y Aragón, los muy Trastamaras Isabel y Fernando. Figuras atrayentes, señeras, verdaderos caudillos en cuyo quehacer ya se percibe el latido de España. Sobre todo en Isabel; la reina fascinante.-

La presencia popular asoma en la escena de lo nacional a través de los monarcas absolutistas, que suelen amparar al campesino o al artesano del atropello señorial. Es lo que cuenta "Fuenteovejuna" de Lope de Vega.-

No en vano el primer gran teórico del nacionalismo, es un hombre de esos tiempos; el florentino Nicolás de Machiavelo. Dedicó su obra de más fama al "Príncipe" que ha de forjar la unidad italiana.-

Los caudillos emergen en días revueltos, caóticos, de abruptas mutaciones; cuando las gentes pierden el rumbo, se desorientan y claman por quien las conduzca y marque el norte con seguridad y convicción. Son, en suma, hijos de las crisis.-

Simón Bolívar, joven, rico y educado mantuano que ha paseado por Europa, que ha sido presentado a reyes, que fue testigo de la coronación de Napoleón y contertulio de encumbrados sabios (Bompland le enseñó: "las revoluciones producen sus hombres"); que conoció, primero, la dolorosa herida de una viudez temprana y luego, dice José Enrique Rodó (3), "deshojó las rosas de sus veinte años" en los salones de París, se erige en jefe carismático y tremendo, envuelto en las borrascas del hundimiento del Imperio Español.-

Su genio alentaba, agazapado, en los entresijos de la

sociedad americana. La tempestad revolucionaria lo reveló y lo lanzó al ruedo de la historia.-

También Rodó (4), apunta que hay próceres- vaya el ejemplo de José de San Martín- de virtudes ecuménicas, casi abstractas; que no desentonan en ningún medio, porque son caracteres de validez universal.-

Bolívar, en cambio, es inconcebible fuera de la América Hispana, india y mestiza, fuera de sus ámbitos de mayestáticas montañas y ríos tumultuosos, de áridos desiertos y valles verdeantes."Es el barro de América-otra vez Rodó (5)- atravesado por el soplo del genio...". Lo que explica no pocas de sus contradicciones, de sus íntimas desavenencias. Convoca en su entorno a un inmenso movimiento nacional y popular que reúne distintas clases sociales -y hasta opuestas en sus intereses -, expresa a regiones disímiles y, aún, rivales, sintetiza pasiones encontradas, conduce ese torrente desbordado, desigual, ebullente a la meta común de la independencia y de la nacionalidad.-

¿Cómo pretender de sus gestos, o de sus juicios, la límpida geometría de la línea recta?

Su trayectoria y su pensamiento son como el horizonte, quebrado e irregular si se le mira muy de cerca; nítido, terso, sin la menor vacilación, si se le observa a la distancia.-

Bolívar mismo lo reclamó: "Para juzgar bien de las revoluciones y de sus actores, es preciso observarlas muy de cerca y juzgarlos muy de lejos".

El caudillismo es dual, dicotómico y dialéctico. El caudillo es inconcebible sin las masas, por ellas es determinado y a ellas determina. Son indesligables.



El caudillismo es la consecuencia de una necesidad histórica, surge para satisfacerla, es su depositario. Los pueblos lo encumbran a su liderazgo porque es capaz de clarificar las tinieblas que los confunden, de abrir la ruta salvadora en la oscuridad o en el acoso. Creen en él, confían en él porque le ven, a un tiempo, su igual y su superior; captan su sincera identificación con su humillada marginalidad y admiran su destreza en el ejercicio de las aptitudes que más respetan.

Pero también intuyen en él, a quien es capaz de atisbar lo que está por venir, lo que aún no ha sucedido, lo que yace subrepticio y expectante en la entraña turbia de los sucesos. El caudillo expresa a las masas. Su visión enfoca e ilumina lo que aquellas apenas entreveen. Formula con pulcritud y sencillez sorprendentes, lo que ellas presienten borrosamente dentro de sí.

El caudillo prueba su condición en las derrotas, cuando la adversidad lo atosiga. Entonces demuestra su tenacidad, su sabiduría, su habilidad para manejar los hechos apremiantes, para sortear las trampas del enemigo y desbaratar intrigas y traiciones en las propias filas. Lo ven siempre enhiesto, resuelto, desafiante y seguro de sí. Aprenden a fiarse de él, se habitúan a obedecerlo y a seguirlo porque saben de su acierto a la corta, o a la larga. Los más grandes caudillos son taumaturgos de la historia; convierten las derrotas más desoladoras en victorias deslumbrantes.

No reciben su poder para mover hombres por heredad, como los príncipes. Ni lo recaban en comicios formales, simplemente son ungidos y rodeados por quienes los

necesitan contra viento y marea, a través de sus glorias y caídas. Las masas desheredadas —sobre todo cuando no hay partidos, o sindicatos, ni otras entidades, capaces de organizarlas y guiarlas— sólo pueden participar en la historia por su intermedio, sólo pueden pelear por sus anhelos y modelar sus destinos a través de su mediación.

Bolívar no emergió caudillo de los pueblos hispanoamericanos de la noche a la mañana. Su camino a la cúspide, hacia el corazón de criollos pobres, indios, mestizos, negros esclavos, fue arduo, accidentado, doloroso, heroico.

Distintas fases pueden reconocerse en él.

La primera —de 1810 a 1812— es la de la revolución aristocrática; con los estandartes de fernandismo, lo que Felipe Ferreiro llama la "Insurgencia legitimista" (6). Bolívar es un mantuano de la más depurada cepa. Se inicia como diplomático en Londres gracias a su fortuna. Tramita el arribo de Miranda a Caracas y debe pasar por la lacerante experiencia de la derrota en Puerto Cabello y por el drama mordiente de la ruptura con su admirado jefe, que tan desdichada como definitiva resultara para la suerte de éste.

Prueba su coraje, su férrea voluntad y el valor inestimable de la constancia.

Reflexionando acerca del grave traspicé de Puerto Cabello y del derrumbe de la primera República a manos de Monteverde; escribe: "El soldado bisoño lo cree todo perdido desde que es derrotado una vez, porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna".

Sufre su primer destierro y se inicia en el análisis en profundidad de la revolución venezolana. Ha sido una insu-

reción de marqueses y condes, de grandes propietarios, de ricos comerciantes en cacao, café, algodón, ganados o cueros. Algo prendió en el pueblo de su natal y querida Caracas, pero no en las masas humildes del interior. Según Restrepo (7), en 1810 vivían en Venezuela 200.000 blancos -de los cuales un puñado acumulan la riqueza, los blasones y la influencia social-, 431.000 pardos libres, 207.000 indígenas y 60.000 negros esclavos. Una orgullosa y minúscula isla blanca en medio de un mar embravecido de razas de "color". La separación de castas, la rigidez de la opresión, la explotación despiadada son tanto más insoportables, cuanto que la élite minoritaria se siente insegura y amenazada.

A fines del siglo XVIII la monarquía borbónica dicta una real cédula de "gracias al sacar", que permite a pardos y mestizos redimir su condición marginal mediante el pago de cierta suma de dinero. La oligarquía replicó con airada indignación "por la abierta protección que escandalosamente prestan a los mulatos o pardos y toda la gente vil para menoscabar la estimación de las familias distinguidas y limpias". Su enojo se ensaña con los funcionarios de Su Majestad.

Con Monteverde comienza la trágica guerra de clases, que es también, por las circunstancias apuntadas, y como diría Bolívar, "guerra de colores".

El pueblo bajo es explotado y despreciado por los mantuanos, mas no por la administración real. Es fácil, pues, atraerlos a la causa del Rey.

Una segunda etapa corre de 1813 a 1814, cuando vencido Napoleón, retorna al trono Fernando VII y restaura el absolutismo.

Son los años de la "guerra a muerte". Bolívar pretende crear la conciencia de la americanidad con los golpes irreparables del odio y la violencia. El criollo debe vivir porque es americano, el godo debe morir porque es español. Así de simple.

Es la guerra de la desesperación. Hay que elegir entre la victoria y la muerte.

Es también el período de la "campaña admirable" en que, soldado afortunado al servicio de la revolución colombiana, el Libertador sale y reconquista Venezuela.

Aún no es el caudillo de las masas, pero ya lo es del Ejército, su verdadera fuerza política liberadora. "Esos señores -escribe refiriéndose a los orgullosos doctores -**piensan que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el Ejército.**"

Lo relevante de esta fase es el estallido incontenible de la guerra de clases, que lo es, a la vez, de razas; el surgir avasallante y terrible de las hordas llaneras al mando del asturiano José Antonio Boves.

En los llanos venezolanos abundan el ganado y los caballos cerriles, tierras vastas e inhóspitas, habitadas por indígenas, pardos, mulatos, jinetes prodigiosos, de coraje indómito, primitivos, semi-desnudos, apenas cubiertos por el "tocuyo" y un aludo sombrero de paja, alimentados con carne cruda salada en el sudor del caballo, que resultaron lanceros imbatibles.

Boves agitó sus seculares inquinas contra los dueños de los hatos y la aristocracia mantuana, con ellos constituyó su "legión infernal" de negros pendones.

Hombres que en tiempos de paz viven arriesgando la

existencia, a cada paso, en las fauces de las fieras, en los ríos enfurecidos, en los riesgos del frenético galope tras el ganado cimarrón, entendieron la guerra como una festiva oportunidad de revancha y botín.

Cuando las masas sometidas y vejadas se sublevan, pueden ser sólo rebeldes o alcanzar la categoría superior de revolucionarias. Cuando su afán es sólo destruir lo que odian, quitarle al amo lo que tiene, son simplemente rebeldes. Rebeldes destructores del orden y la jerarquía mantuanos fueron bajo la conducción de Boves. Ellas protagonizaron, brutalmente, la segunda derrota de la revolución, provocaron el aterrorizado y trágico éxodo de los caraqueños e impusieron a Simón Bolívar su segundo destierro. Entre 1815 y 1816, cuando el general Morillo llega de España con la expedición pacificadora, transcurren meses decisivos, en los que se acuña el perfil del futuro.(8)

No hay grandes batallas, sino una guerra de guerrillas generalizada. Pero Bolívar, en su exilio de Jamaica y Haití, madura su pensamiento revolucionario y enrumba a las alturas del caudillaje popular.

Es entonces cuando escribe las notables cartas jamaicanas y aprecia en Haití los resultados horribles del caos social a que conduce la guerra racial sin programas ni objetivos racionales, en el régimen espantable de Cristóbal. Así como comprende la capacidad creadora del pueblo observando la república patriarcal, igualitaria y agrarista de Petión.

La ruptura con su pasado blasonado y opulento es total. Ya no es Bolívar el mantuano. Alguien pudo decir de él, en esos días, lo que Sancho proclamaba acerca de su señor

que regresa al hogar apalcado y maltrecho: "vencido de todos, pero vencedor de sí mismo".(9)

Juan Bosch arriesga una hipótesis sugestiva, sagaz, atrayente. Bolívar emprende la gran epopeya emancipadora hacia el sur, para proyectar en la guerra a las masas soliviantadas y evitar así, el desorden y la destrucción de la guerra social y racial inevitable. Hay palabras del Libertador que parecen apadrinar la tesis. Escribe: "[...] estamos sobre un abismo, o más bien sobre un volcán presto a hacer su explosión. Yo temo más la paz que la guerra, y con esto doy a Ud. la idea de todo lo que no digo, ni puede decirse".

Sin embargo, observando —como Bolívar lo exige— en perspectiva el proceso de su hazaña libertadora desde Venezuela a los lindes del Plata, resulta promisor otro cauce interpretativo.

Las naciones europeas, su propia prosperidad industrial, sus avances democráticos, fueron logros de burguesías verdaderamente nacionales. En la América hispana no existe tal clase. No hay burguesías industriales y nacionales que arrasen las artesanías y formas de producción precapitalistas, para edificar un capitalismo industrial autóctono y libre de coyundas. Son, en rigor, burguesías dependientes, intermediarias derivadas de los intereses de la metropoli europea. Se enriquecen vendiendo a sus socios mayores materias primas baratas que arrancan del sudor y del sufrimiento de sus pueblos y revendiendo, en los mercados internos, manufacturas importadas, sobre todo de Inglaterra, con lo que exterminan las pocas y burdas manufacturas nativas. Su negocio es el coloniaje, no la independencia

económica y la nacionalidad auténticamente soberana. Jean Paul Sartre (10), mucho más tarde, las calificó de “burguesías de hojalata”.

Bolívar comprende cabalmente, en el exilio, que sólo las masas son insobornablemente patriotas, que la cuestión social y la cuestión nacional, en estas tierras, se confunden en un solo postulado. Un estado encarnado en el caudillo carismático, apoyado por peones, trabajadores, arrieros, menestrales, productores de todos los “colores” y expresado en un ejército, a la vez instrumento político y comprometido hasta los tuétanos con la causa revolucionaria, es la única solución. Sobre ella ha de trabajar infatigablemente.

Ya ha blandido ante la imaginación popular su tenacidad, su obstinada negativa a la derrota. Perdidoso una y otra vez; una y otra vez ha vuelto a la lucha. Es como uno de esos gallos de riña, encrespados y valientes, que jamás se rinden.

Morillo lo reconoce: “Más temible vencido, que vencedor”.

El veterano militar español sabe lo que dice: “El, es la revolución”.

Ahora su objetivo es diáfano, convertir las masas rebeldes en revolucionarias. Pronto su fértil pensamiento aporta soluciones fundamentales, que dan al Estado intervención decisiva en lo económico y social, y que tienden a fundir la lucha por la independencia y la nación, con la lucha por la justicia social.

Antecedente significativo es el decreto de enero de 1814, en que declara que toda propiedad pertenece al Estado. Luego distribuirá bienes y tierras confiscados a los ene-

migos entre oficiales y soldados.

Hito clave de su nueva concepción es el decreto que libera a los esclavos. Es mucho más que el cumplimiento del digno compromiso con Alejandro Petión; es la fundación de la igualdad de los “colores”.

[El reconocimiento de la] “institución del cacique”, intermediario entre amo y siervos, torna obligatorio el pago de los jornales en dinero, prohíbe los precios desorbitados en las pulperías, termina con todo tipo de trabajo obligatorio como séptimas, mitas y pengueajes. Por sendos decretos firmados en Trujillo y Cuzco, entrega a los indios la tierra que trabajan. Las de la comunidad deben distribuirse entre los que no poseen tierras y éstas no pueden enajenarse. Abole el resistido “tributo real”.

No en vano, en Pucará, el párroco indio lo recibe rodeado de sus feligreses, indígenas también, y proclama en medio de la placita humilde: “Después de tres siglos de expiación (Dios) tuvo piedad de América y os ha creado a vos”. (11)

Su atractiva elocuencia —de “lirismo léxico”, dice von Hagen— define la médula de esta política: “**la independencia en el más alto sentido de esta palabra sustituye a cuantas dependencias antes nos encadenaban**”.

Preocupación obsesiva y, lamentablemente, muchas veces exitosa de las oligarquías, fue entorpecer y frustrar tales propósitos.

Bolívar sabe que no alcanza con defender y ampliar los derechos de los menesterosos para agruparlos masivamente en su torno. Debe encender su imaginación, caldear sus corazones, deslumbrar sus ojos.

En un principio las turbas llaneras —muerto Boves de un lanzazo en Urica— rodean a nuevos caudillos criollos. El más relevante, José Antonio Páez; pero también Manuel Cedeño, o los hermanos Monagas, apoyan al Libertador y tras ellos los rebeldes llaneros. Mas, el prestigio del caudillo debe ser directo, echar raíces en la entraña misma del pueblo, sin necesidad de intermediarios que lo vuelven inseguro e incierto.

Bolívar, que ya posee “el talismán de la gloria”, emula a los llaneros en su propio campo, mostrando su maestría en sus propias destrezas. Cabalga como ninguno. Su bravura es legendaria (“los peligros son mi gloria”). Corre una carrera a nado con las manos atadas y salta limpiamente por encima de un caballo de gran alzada.

En los vivacs es frugal como el que más, duerme en una hamaca, viste con modestia, sólo toma agua y no se apasiona por el juego como sus oficiales (“El poder sin la virtud es un abuso y no una facultad legítima”).

¿Quién le gana en audacia e iniciativa? (“La audacia debe salvarnos. Lo que parezca temerario es lo mejor, pues la temeridad en el día es prudencia”).

Tampoco descuida el espectáculo, la demostración de poder, de mística y entusiasmo delirante, sus entradas victoriosas a pueblos y ciudades entre lluvia de flores, guirnaldas de laureles, muchachas bonitas vestidas de blanco que le ofrecen coronas, balcones repletos de lujosos atavíos y severas levitas, calles a reventar de ponchos y ruanas. El griterío, los vivas, las arengas, las banderas; Bolívar siente intensamente el pulso de la multitud y a veces se desmaya. Entre el caudillo y las muchedumbres se intercambian

vibraciones subrepticias e inconfundibles. Su sencillez y afabilidad en el trato con soldados, hombres, mujeres y niños del común, conlleva el mito, la aureola mágica de la leyenda.

Porque, además, está el otro Bolívar, el elegante general de los salones con botas renegridas a la Wellington y coruscantes entorchados.

El sibarita gustador de añejos vinos y de selectos manjares, el bailarín incansable y alegre que danza la noche entera entre rasos, peinetones y atrevidos miriñaques, después de cabalgar, a lomo de mula, interminables leguas por polvorientos caminos (“El baile es la poesía del movimiento”).

El ilustrado lector de Rousseau (su maestro de la niñez, el excéntrico Simón Rodríguez, es un roussoniano de pintoresca ortodoxia), Montesquieu, Voltaire, Bentham, etc. En su equipaje de campaña nunca falta el manoseado ejemplar del Quijote y los célebres mastines de su criado José Palacios, bamboleándose en grandes canastos que penden de una cabalgadura. Bolívar vive con una plenitud y avidez inusitadas, una vida total, compleja, protéica, contradictoria. Lo aburre lo cotidiano, no ha sido hecho para la rutina. No es un gobernante administrador, papelista empedernido, sumido a la letrilla de la ley. Su mente vuela sobre las cumbres, como el águila, atenta a las grandes magnitudes a las lontananzas de la historia, a las cosmovisiones imaginativas, sus miradas son escrutadoras y futuristas.

Alguna vez dijo: “Santander es el hombre de las leyes, Sucre el hombre de la guerra y yo, el hombre de las dificultades”. Los graves problemas, las encrucijadas ator-

*Bolívar y el Nacionalismo del Tercer Mundo*

mentadoras, las decisiones de vida o muerte, son su menester.

Su sutil pensamiento no puede estarse quieto, va y viene, corre de un tema a otro. Disfruta analizando la historia que él mismo hace. Es su propio y lúcido espectador. Se complace en la filosofía política de su propia acción; exégeta y actor al mismo tiempo. Posee el don de la belleza; lo que Rodó llama (12) "la forma plástica del heroísmo y de la gloria". Es una espléndida pluma, un estilista que ha derramado oro fino en discursos y misivas. De sus cartas escribe Rodó (13): "El poema de su vida está allí". Muy hermosas son sus esquelas de amor. Bolívar parece transfigurarse en cada uno de sus incontables amoríos. La leyenda de sus lances sigue, como una rosada sombra, a su fama política y militar. Cada vez que se enamora, reincide las ascuas de su carne y de su ternura. Sus pasiones son interludios entre batallas. Tal vez de allí provenga esa intensidad que se consume a sí misma. Es que el último beso de la noche, puede enlazarse con el balazo mortal de la mañana.

Ana Lenoit en Salamina, Josefina Machado en Caracas, Julia Cobier en Jamaica, Manuela Madroño en Huaylas, etc.; pero siempre, siempre, la querida Manuela Sáenz, la hermosa y alocada quiteña. Manuela, escandalosa y fanática, es una herida sangrante en el prestigio del caudillo, pero excitante, dulce y necesaria para el hombre. Sus últimas cartas destilan encanto: "El hielo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando".

Al filo de 1820, vela las vísperas de su gloria. Ya es el caudillo indiscutido de los pueblos de un vasto escenario

americano. Aunque haya tenido que abrirse paso a través de implacables rivalidades que costaron, trágicamente la vida al general Piar; Bolívar es la intercesión de la América hispana y blanca y de la América de los "colores". Intersección en que se funden los rituales y la fe de la Iglesia Católica con los mitos y las ceremonias afro-indias, en que se dirimen seculares enconos de clase; no es un remanso, sino un torbellino hirviente de iras y tumultos.

Su renombre ha cruzado los mares. Lord Byron fue a morir a Grecia, en un barco que él mismo bautizó "Bolívar", de romántico a romántico.

## II

# LOS DIAS DE GLORIA

**E**n 1818 dijo: “El día de América ha llegado”.

El Congreso de Angostura —15 de febrero de 1819— inaugura la gesta bolivariana. No sólo porque allí echa a andar la idea de la Gran Colombia, constituida por Cundinamarca (capital: Bogotá), Venezuela (capital: Caracas) y Ecuador (capital: Quito); que él considera “la garantía de la libertad de América”. Sino, también, por su proyecto de Constitución para la nación que nace. Sus ideas político-jurídicas han sido muy discutidas y calibrar su mérito queda a la vera de nuestro tema. Pero no podemos dejar inadvertida la concepción que las anima. Bolívar resuelve, magistralmente, el ardoroso debate sobre la cuestión de la universalidad de las ideas. El pensamiento, en cualquier rubro del saber, es patrimonio de la humanidad. Todos tienen

el derecho, si no el deber, de beber en sus fuentes. Por otra parte las ideas políticas no rinden sus zumos, si no se las "nacionaliza"; si no se las amasa con la arcilla de cada comarca, si no se las repiensa a la luz de las propias tradiciones y de las propias e intransferibles necesidades. Lo habitual en la América austral ha sido la copia servil, la imitación minuciosa de textos europeos y norteamericanos. Todas las constituciones resultan iguales y ninguna se cumple, porque ninguna sirve; caen como galeras de felpa y calzones de seda a llaneros, gauchos, rotos y cholos. Bolívar, compenetrado con los principios político-jurídicos más avanzados de su tiempo, no imita, ni transcribe; parte de los hechos crudos en busca de la regulación de la ley. Como José Artigas en sus Instrucciones del año XIII, es sabiamente universal y profunda, porfiadamente original. No hay ideas "extranjeras". Tesis retrógrada, enemiga del progreso. Pero para su aplicación a las realidades y pueblos americanos, deben reconocerse según sus peculiaridades.

Nadie puede negar esa virtud a los proyectos bolivarianos. Los elabora para enfrentar a las dos más peligrosas acechanzas que, la experiencia enseña, son capaces de destruir los frutos de la emancipación, el caos social y la tiranía.

Bolívar se define a sí mismo como un "artífice de repúblicas"- "glorioso oficio"; eso fue, creador de naciones democráticas. Las que, sobre todo en sus primeros y vacilantes pasos, requieren estabilidad, permanencia, ordenada convivencia, si se proponen sobrevivir a los aires y venires de la historia.

El paso de los Andes es una hazaña impercedera, el

ejército marcha entre picos que horadan un cielo iluminado por un sol, sin calor y abismos insondables. "Suelo desleal" escribe Madariaga (14). El soroche causa estragos, la fatiga y la enfermedad postran a los menos fuertes. El sacrificio de las soldaderas raya a la altura del de sus hombres. O'Leary vio a una de ellas apartarse del estrecho sendero para parir y al otro día caminar, airosa, con la criatura en brazos.

Al terminar el cruce —afirma Santander— el Ejército es "un cuerpo moribundo".

Con él gana la batalla de Boyacá; clave de la liberación de Colombia. Bolívar ha embrujado a la victoria. Tras Boyacá viene el triunfo de Carabobo, que significa la liberación de Venezuela.

El 20 de agosto de 1821 se aprueba, en el Congreso de Cúcuta, la Constitución de la Gran Colombia. No es la idea de Bolívar la que cuaja; los letrados de la clase alta han impuesto su alineación europeizante; esos polvos traerán lodos.

Es el turno de Ecuador. En Bomboná el Libertador aplasta la empecinada resistencia goda de Pasto; "la Vandée" de la revolución bolivariana.

Y no demora en recibir la alborozada noticia de la gran victoria de Sucre —el preferido, el dilecto, la dignidad de la revolución encarnada— en Pichincha, al frente de un Ejército verdaderamente americano en que se mezclan colombianos, peruanos, chilenos, argentinos y orientales. Ecuador ya es libre.

En Guayaquil, y luego de la histórica entrevista con el general José de San Martín que ha liberado a Chile y al



Perú, el camino al sur queda despejado, dos grandes hombres han dirimido criterios; ambos patriotas, ambos apasionados por la unidad nacional hispano-americana. San Martín ha recorrido toda la curva de su ciclo. Se retira al hastío de un interminable ostracismo. En sus aposentos luce el retrato de Simón Bolívar; lo que quizá, honra más al argentino que al caraqueño. El chisperío de Guayaquil no denuncia sólo el choque de dos vigorosas personalidades, sino también, de dos concepciones de la revolución.

Triunfa la concepción democrática, popular, nacionalista de Bolívar; la revolución en hombros de "esa canalla del mulatismo" como murmuran, despreciativas, las élites opulentas de las ciudades.

Tanto uno, como otro, vieron con lucidez que Lima era el baluarte de la resistencia española, que allí latía su corazón, que allí había que destruir los cimientos de su agitado poder en América. San Martín deja una herencia difícil de divisionismos, pugnas de capillas, ínfulas aristocráticas que no se resignan al advenimiento del pobrerío a la escena política. Bolívar define la situación en dos breves y precisos trazos. El Perú es el reducto de la reacción porque "encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos". Si es capturado definitivamente por las tropas de Fernando VII, toda la América libre será empujada al abismo. El caudillo americano no vacila, el dilema es inapelable: "Morir o triunfar en el Perú".

Y, a la verdad, que estuvo a punto de morir. Enferma gravemente de tabardillo y varios días delira entre la vida y la muerte. Se recluye en la pequeña población de Pativilca abatido por la fiebre, acosado por el cansancio, acuciado por los reyeses. Le comunican que la guarnición de

El Callao ha entregado la plaza a los realistas. El golpe es terrible, priva a la revolución del control del Pacífico por donde habrían de traerse los imprescindibles refuerzos colombianos. Bolívar ordena a todos los contingentes republicanos concentrarse en Trujillo y a la orden precipita la traición de Torres Tagle, que arrastra a campo español cuerpos enteros de Ejército, sobre todo peruanos y argentinos. Todo está a punto de perderse. "Hemos llegado -escribe a Sucre- a la crisis más terrible de la revolución".

Mosquera lo visita, ya convalesciente. "Tan flaco y exhausto -cuenta- que me causó su aspecto acerba pena. Sentado en su pobre silla, recostado a la pared de un reducido huerto, la cabeza envuelta en un pañuelo blanco, sus piernas descamadas al punto que sus rodillas filosas -como punta de espadas- hieren el jin de sus pantalones; "su voz hueca y débil, su semblante cadavérico". Mosquera estuvo a un tris de llorar. Y [en torno] a aquel desvalido, la traición, el aislamiento, las fuerzas fernandistas ansiosas por destruirlo para siempre. "Con el corazón oprimido -continúa Mosquera- temiendo la ruina de nuestro Ejército, le pregunté: ¿Y qué piensa hacer usted ahora?" Entonces, avivando sus ojos huecos, y con tono decidido me contestó: ¡Triunfar!" (15)

Ahí está el caudillo; genio y figura. La fuente generosa e inagotable de fe y esperanza en el futuro. El hechicero que transmuta al derrota en victoria. La voluntad indomable, la conducción certera cuando el alud de desgracias ha sumido a todos en la desesperación. Es lo que constituye la esencia del carisma, lo que hace de un hombre, un jefe, lo que lo erige en una necesidad histórica.

Pues lo cierto es que volvió a desairar a los Andes, los cruzó y venció al frente del Ejército americano. Era el 6 de agosto de 1824; Idevano Aguirre (16) lo llama "el sol de Junín". Perú también es libre.

Y, por último, el cenit; el 9 de diciembre de ese deslumbrante 1824 José Antonio de Sucre comanda a las huestes americanas en Ayacucho y obtiene el triunfo definitivo. Hasta el propio Virrey Laserna cae prisionero. El Alto Perú es libre; América hispana es libre.

Ese fin de año Simón Bolívar, Presidente de la Gran Colombia y Presidente del Perú, dueño de los destinos del Alto Perú apresta los últimos retoques de la trama que, pacientemente, ha venido tejiendo desde hace años: la unidad nacional hispano-americana. Ya está en marcha el proceso gestador del Congreso de Panamá, que es el corolario, el justo desemboque, el mar en que desaguan todos los ríos turbulentos de sus combates; los ganados y los perdidos. No se ha guerroado y toreado temerariamente a la muerte para crear "repúblicas aéreas". Su meta es clara como un dorado mediodía: una gran nación hispano-americana para ejemplo de la humanidad. Y esa Patria grande, democrática, justa, soberana, será la obra de los legítimos representantes de las repúblicas liberadas reunidos en el istmo de Panamá; epicentro del equilibrio político del mundo

### III

## BOLIVAR

# Y LOS CAUDILLOS FEDERALES DEL RIO DE LA PLATA

**E**n el sur ha dejado honda huella otro gran caudillo republicano, independentista, expresión auténtica de los oprimidos, partidario insobornable de la unidad nacional hispano-americana: José Artigas.

También él comprende que la burguesía porteña no es capaz de crear una patria libérrima y justiciera, pues su negocio es el satelismo de Inglaterra, el coloniaje económico y pretende imponer "la unidad a palos" -como más tarde lo reclamará Julián Segundo de Agüero-. Convirtiendo a las Provincias Unidas en vasto mercado para las manufacturas inglesas y en copiosa fuente de materias primas baratas para los fabricantes de Manchester o Glasgow. El Protector de los Pueblos Libres opone un programa tendiente a fundar la soberanía económica y política de la nación.

Nacionalización de las rentas de aduana, para acabar con la dictadura monoportuaria de Buenos Aires, proteccionismo estatal para las manufacturas nativas, reforma agraria en que "los más infelices, sean los más privilegiados", y la articulación de una federación que reúne las partes en un todo armónico; sin Provincias -metrópolis-, sin hijos y entenados. Un Estado poderoso fundado en el entusiasmo de las masas paisanas, un Ejército popular; ésas son sus soluciones.

Su ciclo no coincide con el de Bolívar, hay un fatal desfase. Cuando el caudillo caraqueño inicia la fase culminante de su carrera triunfal, el Patriarca oriental, vencido por las fuerzas del Imperio Lusitano y la traición unitaria, debe internarse para siempre en los esteros paraguayos.

Sin embargo, hubo tiempo para que enviara a Bolívar una carta donde pide amparo para sus corsarios que acosan a los intrusos portugueses y en la que se trasluce su comprensión del bolivarismo. Su fecha: 20 de julio de 1819 (17). "Sr. General Don Simón Bolívar, Presidente de la República, unidos íntimamente por vínculos de naturaleza y de intereses recíprocos, luchamos contra tiranos que intentan profanar nuestros más sagrados derechos". Reclama protección para sus atrevidos barcos: "que el pabellón sea respetado como el signo de la grandeza Oriental por su libertad patria. Por ella se ha enarbolado y no dudo que V.E. afianzará esta gloria en la protección deseada".

... "No puedo ser más expresivo en mis deseos que ofertando a V.E. la mayor cordialidad, por la mayor armonía, en la unión más estrecha."

"Firmarla, es obra del sostén por intereses recíprocos". Artigas sabía lo que decía. Al desaparecer de la escena rioplatense, dejó huérfanas a las masas federales, sin guía, desnorteadas. El derrotismo, el caos, las mezquinas rivalidades, la desesperanza, cundieron en las provincias. La Banda Oriental fue víctima de la voracidad luso-brasileña. Los unitarios, minoría ensorbecida e inescrupulosa, manipulan el timón del Estado a su antojo. Lo que pierden en el campo de batalla, lo ganan en la intriga de los pasillos.

Cuando Simón Bolívar aparece en el sur, en Cuzco, antigua provincia del ex-Virreinato del Río de la Plata, trayendo el mensaje alentador de una gran federación hispano-americana, la opinión federal rioplatense recencuentra su destino, ahí hay un caudillo de la talla del que ha perdido; luces de esperanzas se encienden a lo largo y ancho del país.

Corre 1825; año preñado de sucesos claves.

1) En abril, un puñado de arrojados patriotas orientales, al mando de Juan Antonio Lavalleja y Manuel Oribe -ex lugartenientes artiguistas-, invade la Provincia Cisplatina. El paisaje se subleva en masa y Frutos Rivera -capitán dilecto del caudillo exiliado- adhiere a la causa libertadora.

Muy pronto reducen a los intrusos a las plazas de Montevideo y Colonia, organizan gobierno propio en la Florida y decretan la unión de la Provincia Oriental a las Provincias Unidas, "a las que siempre perteneció".-

Las rutilantes victorias de Rincón y Sarandí rubrican la magnífica gesta.-

La "Cruzada de los 33" ha colocado a las Provincias

Unidas al borde de la guerra con el Brasil.

2) De ahí que el Congreso Constituyente apruebe, en mayo, el envío al Alto Perú de una misión diplomática constituida por el general Carlos M. de Alvear y el doctor Díaz Vélez. Sus objetivos: a) Felicitar a Bolívar por sus triunfos, b) Solicitarle una alianza para obligar al Brasil a devolver la Cisplatina y c) Tratar que las cuatro provincias de la región- integrantes del ex- Virreinato- vuelvan al seno de las Provincias Unidas o, en todo caso, que no se incorporen al Perú.-

Bolívar actúa con lealtad frente a Buenos Aires. Reprochó a Sucre haber permitido la convocatoria de una Asamblea de altooperuanos para que decidieran su destino, ya que, de acuerdo a su tesis, debían respetarse las jurisdicciones del viejo Imperio al demacar los límites de las nuevas repúblicas. Más tarde decidirá la devolución de Tarija a la provincia argentina de Salta.-

No le pagaron en la misma moneda. Díaz Vélez -según instrucciones reservadas- debía "trabajar" a los asambleístas en favor de las pretensiones porteñas y mucho se comentaron presuntos sobornos para lograr sus fines.

Alvear se mostró entusiasta y obsequioso con el Libertador, pero en la intimidad despotricaba contra el país -"este maldito muladar"- (18) - "que lo había acogido con modesta pero amable cordialidad. Apenas retornó a Buenos Aires, alentado con el cargo de Ministro de Guerra, dio la espalda a las promesas formuladas.-

3) Paralelamente al desarrollo de esta misión, Manuel Dorrego -caudillo federal de estrella ascendiente en los

arrabales bonaerenses y entre el caudillaje provinciano, realiza un viaje por el norte, hasta Cuzco, con motivo de concertar negocios mineros, pero, sobre todo, para hacer agitación política en favor del partido federal y de tratar con Bolívar los candentes problemas de la hora.

4) En octubre regresa de Londres Bernardino Rivadavia, la figura más prominente del unitarismo.

Los historiadores, hasta ahora, han puesto el acento en las alternativas de la misión Alvear-Díaz Vélez. Pero nueva y explosiva documentación prueba que lo realmente importante, lo que pudo cambiar el rumbo de la historia, fue la relación entre Dorrego y Bolívar y la conformación, en la Plata, de un poderoso partido bolivarista encabezado por aquél e integrado por personalidades relevantes como el Deán Gregorio Funes, el hermano de Mariano Moreno, Manuel (diputado de los orientales al Congreso por influencia de Lavalleja), y los caudillos federales del interior inspirados por el Gobernador de Córdoba, General Juan Bautista Bustos.

Mientras los delegados porteños deliberaban con Bolívar, tropas brasileñas invadieron los territorios altooperuanos de Moxos y Chiquitos avivando las posibilidades de un entendimiento contra el Imperio Do Brasil.

El Libertador propuso derrocar la dictadura de Francia en el Paraguay, devolver la provincia a las Provincias Unidas y salvar de su "cautiverio" a su viejo y sabio amigo Bompland; como tantos contemporáneos, no veía en la política francista más que los males del aislamiento (que derivarían en la tragedia de la Triple Alianza en 1865), pero no los aspectos indudablemente positivos de su gestión inter-

na. Su planteo fue rechazado y el tema principal de las discusiones se concentró en el posible entendimiento Bolívar-Buenos Aires para rescatar a la Provincia Oriental y acabar con la amenaza de la expansión brasileña (considerada pieza clave de la política de la Santa Alianza en América del Sur).

Bolívar trató de condicionar su ayuda diplomática y militar a la concurrencia argentina al congreso de Panamá. En tanto los porteños orillaban aviesamente un compromiso de esa laya, pues bien sabían que los unitarios en el poder eran contrarios a las ideas americanistas. Aquél, bien informado por el Deán Funes y merced a su experiencia y aguda perspicacia, desconfiaba de los porteños. Sabía que diarios pagados por el gobierno de Buenos Aires lo difamaban insidiosamente, estaba convencido de que "los hombres de casaca negra" no deseaban la guerra contra el Brasil y mucho menos incorporarse a la gran patria hispano—americana que proyectaba.-

Y, en todo esto, no le erraba ni por un pelo.

La inmensa mayoría del pueblo rioplatense era federal, pero la minoría unitaria valiéndose del soborno de los diputados del interior, de leguierías, o de golpes militares contra los gobernadores federales, como el que dirigió el general Lamadrid en Tucumán, conquistó circunstancial mayoría en el Congreso constituyente y apresuró, violando las propias leyes votadas por esa asamblea, la designación de Rivadavia como Presidente de la República. Más de una razón explica este verdadero asalto al poder.-

1) El propósito de imponer desde arriba y como fuera el régimen unitario en un país pronunciado insistentemente

por el federalismo. No en vano uno de sus representantes más destacados, Manuel Antonio Castro (19), exclamó en un arranque de sinceridad: "La democracia es un vicio".

2) Llevar a la práctica los compromisos sobre explotación de minas concertados por Rivadavia -sin autorización legal -con empresarios ingleses; lo que deparó interesantes ventajas financieras al flamante Presidente.

3) Cortar de raíz, "en el nido", la influencia bolivariana en el federalismo argentino puesto que podía tornarlo invencible.

Como cubierta de tales razones reales, se esgrimió la guerra contra Brasil; simple pretexto.

Decimos "pretexto" y decimos bien, pues la sospecha de Bolívar de que los rivadavianos no querían destruir el Imperio esclavista está irrefutablemente documentada. Un mes antes de la gran victoria del ejército argentino—oriental en Ituzaingó, Lord Ponsomby -designado mediador en la guerra por su Majestad -escribe a Canning(20): "Este gobierno teme el derrocamiento del Emperador y la destrucción de su poder en el Brasil, porque conoce los peligros a los que él mismo estaría expuesto. El gobierno de Buenos Aires considera la estabilidad del trono del Emperador como algo de primordial interés para este Estado... Está anheloso de sellar una alianza esticta con él y de proporcionarle toda la asistencia que está en su poder ofrecerle".

La misma noche en que el pueblo festeja con luminarias, charangas y vivas el gran triunfo militar, el Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Manuel José García, visita pre-

ocupado a Lord Ponsomby en nombre del Presidente (21): "Me renovó—escribe el Lord— las declaraciones del Presidente... respecto a su anhelo de estrechar relaciones de su país con el Brasil... y apoyar, en vez de atacar, la forma de gobierno allí existente..."

En cuanto al propósito de frustrar la influencia de Bolívar en el Plata, está también, plenamente documentado. En abril de 1826, Rivadavia se entrevista con el representante inglés Woodbine Parish, quien relata a Canning (22) el jugoso diálogo: "Rivadavia se refirió en términos acalorados a Bolívar. Manifestando el deseo de que os comunicara las serias aprensiones de este gobierno ante la idea de que los ejércitos colombianos se vieran obligados en esta contienda en caso de que se prolongaran excesivamente las hostilidades, a un acontecimiento que sólo podía contemplar como precursor de una guerra de principios republicanos contra los monárquicos, que podrían comprometer en breve tiempo a los Nuevos Estados de América ante las potencias de Europa; que estaba íntimamente persuadido de que el gran deseo del libertador era el de tomar una parte prominente en esta guerra, y llevarla hasta el Brasil con la subversión de la presente forma de gobierno; que los términos en que se expresaban en público todos sus principales oficiales señalaban estas intenciones, y que este conocimiento estaba produciendo en las Provincias de la Unión lindando con el Alto Perú, donde reside el cuerpo principal de sus fuerzas, una especie de hostilidad hacia ciertas formas establecidas de gobierno y un general desasosiego..."

Finalizando: "... que nada temía tanto por el bienestar de las instituciones y opiniones de estas Provincias (sin

duda las del unitarismo), como la introducción en ellas del espíritu militar de los ejércitos de Bolívar, que habían establecido y establecerían en todas partes donde pasaran sus propias nociones militares, que no estaban lejos de un completo despotismo..."

Con respecto a la concurrencia argentina al Congreso de Panamá, el historiador Thomas B. Davies (23) dice que apenas sucedió la primera derrota militar del Brasil, el ministro Manuel José García desistió de asistir al mismo, pero esto se ocultó sabiamente a Bolívar para que enviara, por lo menos, un representante a Río a reclamar la devolución de la Provincia Oriental. En estas condiciones, la alianza Bolívar-Provincias Unidas no podía prosperar con un gobierno unitario, máxime que el Libertador había urdido en animadas conversaciones con Dorrego un plan para concertar esa alianza con el partido federal, en cuanto recuperara el poder.

El plan es francamente comentado en la carta del Deán funes a Bolívar (24) del 26 de mayo de 1826 y, en suma, consiste en lo siguiente:

a) Dorrego, en conjunción con los caudillos federales del interior, apresuraría el envío de nuevos y auténticamente representativos diputados de las provincias al Congreso. Una vez obtenida la mayoría federal, Rivadavia sería legalmente depuesto.

b) El nuevo gobierno federal concertaría el acuerdo con Bolívar para hacer la guerra al Brasil y destruir definitivamente su poderío expansivo esclavista en América. Las Provincias Unidas participarían del cónclave de Panamá.

Dorrego —el ídolo de los "orilleros", del populacho,

*Bolívar y el Nacionalismo del Tercer Mundo*

un día se topa con Alvear y otros personajes y les dice sonriendo: "Caballeros, no se acerquen mucho por que soy hombre que tizna" (25)—, de regreso a Buenos Aires funda *El Tribuno*— inspirado en la Constitución bolivariana— desde donde realiza su campaña contra Rivadavia y defiende al Libertador de los furiosos y soeces ataques de la prensa unitaria.

Han encontrado sus mensajes a los caudillos federales explicando aspectos del plan y apurando la designación de los nuevos diputados.

Hay, por fin, cuatro cartas claves dirigidas a Bolívar, de las que entresacamos sugestivas y explícitas frases ,

"En mi sentir, la destrucción del Imperio brasilero está sólo a Ud. reservada" (11 de abril de 1826, desde Salta) (26).

"... Todos claman por que vuestra excelencia se ponga al frente de la guerra por medio de una alianza americana, o sólo de las Repúblicas que tienen la dicha de ser presididas por usted, con la República Argentina. Sí señor Excmo. esto piensan todos, exceptuando el círculo pequeño ministerial. . ." (25 de mayo de 1826, desde Buenos Aires) (27).

Bolívar escribe a Sucre, desde Magdalena, el 12 de mayo de 1826 (28), dándole instrucciones políticas a seguir para cumplir sus planes. Con respecto al Río de la Plata le recomienda: "Escriba Ud. a Córdoba y a los amigos del Río de la Plata para mantener aquellas buenas relaciones".

Luego resume sus "demandas", la 5ª expresa: "Que trabaje Ud. en el Río de la Plata para establecer nuestros

buenos principios".

Dorrego no pudo volcar la mayoría del Congreso y Rivadavia impuso su Constitución unitaria de 1826, que fue airadamente rechazada por las Provincias. El gobernador Bustos, de Córdoba, al firmar la ley provincial que la declara excluida del Congreso usurpado por el unitarismo, ordena reclutar tropas para sostener la libertad de la Provincia y auxiliar a los oprimidos de las demás. Dispone, así mismo enviar un emisario a Bolívar para ponerse de acuerdo en la lucha común (29).

Manuel Dorrego llegó al poder en la segunda mitad de 1827, pero ya era tarde. El Libertador ha sido urgentemente requerido por las graves disensiones estalladas en el norte. Las fuerzas desintegrantes ganan terreno en toda la América hispana. El noble Dorrego pagó su osadía americanista rindiendo su vida, dos años después, en el horrendo crimen de Navarro.

## IV EL CONGRESO DE PANAMA

**¿P**uede el caudillo crear historia? Precisemos la pregunta. El caudillo surge en un tiempo de crisis y con una finalidad concreta, para cumplir una misión planteada por las tempestuosas circunstancias. Bolívar es ungido a la conducción de los pueblos americanos en la coyuntura crítica del derrumbe del Imperio Español y su meta inmediata es la independencia. Bien, pero una vez satisfecha la necesidad histórica que lo ha engendrado, ¿puede el caudillo llevar a su pueblo hacia otros objetivos más avanzados a los que las masas no aspiraban en el momento de la eclosión revolucionaria?

Es, justamente, lo que Bolívar se propuso. Cumplida la fase de la independencia, emprendió la gigantesca tarea de fundir las repúblicas soberanas recién alumbradas en una



gran nación.

La experiencia histórica prueba que si esos nuevos horizontes, entrevistados por la inquieta imaginación y la audacia del caudillo, no están objetivamente condicionados en la realidad, si no están vivos, aunque latentes, posibles, agazapados en el subsuelo histórico que la propia revolución ha removido, resultan inalcanzables. Pero si esas nuevas aspiraciones derivan de los primeros cambios promovidos por el flujo revolucionario naciente, si existen factores objetivos para que se configuren, el caudillo puede triunfar en sus atrevidos propósitos.

La creación de una federación americana e hispana en el Congreso de Panamá, es uno de esos nuevos nortes hacia los que el jefe conduce a su pueblo por que su excepcional visión histórica lo ha convencido de que no existe un futuro venturoso si no lo conquista.

Veremos en qué medida Bolívar pudo o no, crear historia en el sentido apuntado. Su pensamiento nacional se gesta en el largo e intenso proceso de sus luchas, de infortunios y victorias, de ir y venir sin pausas, enfrentando a la geografía y al enemigo.

Citamos sólo algunos antecedentes, espigados de abundante documentación.

En 1813, después de la Campaña que lo llevó de nuevo a Caracas, expuso sus ideas al respecto: "Es menester que la fuerza de nuestra Nación sea capaz de resistir con suceso, las agresiones que pueda intentar la ambición de Europa; y este coloso de poder, que debe oponerse a aquel otro coloso, no puede formarse, sino de la reunión de toda la América meridional, bajo un mismo cuerpo

de Nación, para que un solo gobierno central pueda aplicar sus grandes recursos a un solo fin, que el de resistir con todos ellos las tentativas exteriores en tanto que interiormente, multiplicándose la mutua cooperación de todos ellos, nos elevarán a la cumbre del Poder y la prosperidad".

El 6 de setiembre de 1815 escribe en su celebrada carta de Jamaica: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse. . ."

En 1818, desde Angostura, escribe a Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias Unidas: "Luego que el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes, y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés, a entablar por nuestra parte, el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con su aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede ese deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones, la madre de las repúblicas. Yo espero que el Río de la Plata con su poderoso influjo cooperará eficazmente a la perfección del edificio político a que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración."

Hemos subrayado algunas expresiones claves en las tres citas, para enfatizar una conclusión capital: Bolívar pensó siempre en la unidad nacional de las ex colonias hispanicas y no en otro tipo de vínculos con otros Estados. Lo que aún se corrobora con la formación de la Gran Colombia, que el caudillo designó como "el primer cuerpo de la Nación".

## La Misión Mosquera

Antes de iniciarse la campaña militar en el sur y por sugerencia del Libertador, el gobierno colombiano designó a don Joaquín Mosquera, Ministro Plenipotenciario y Encargado de Negocios ante los gobiernos australes, a los fines de ligarlos a Colombia, en sus afanes liberadores y asegurar su representación en el Congreso de Panamá. La Misión Mosquera es la antesala del Congreso, la apertura diplomática que conduce a él. Logró pleno éxito con el gobierno de Perú entonces bajo la égida sanmartiniana; igual suceso alcanzó a Chile donde O'Higgins regía los destinos del Estado.

En cambio tropezó con la obstinada resistencia unitaria del Río de la Plata, a lo cual ya nos referimos. Para gestionar idénticos acuerdos ante el régimen mexicano, se nombró a don Miguel Santa María, quien obtuvo los mismos y auspiciosos resultados.

De modo que en las vísperas de la convocatoria del Congreso Afictiónico, Colombia estaba unida por pactos bilaterales orientados en el mismo sentido de los que se pro-

curaba en Panamá y había asegurado la presencia de importantes Estados hispano-americanos en la magna asamblea.

## Con Estados Unidos o sin Estados Unidos.

Tema de aguda controversia en torno al Congreso de Panamá de 1826, es si la invitación a los Estados Unidos se hizo con el consentimiento o contra la opinión de Bolívar. El punto no es cosa menuda. Si la idea del Libertador hubiera sido un pacto americano que enlazara a las repúblicas del sur con la ascendente gran potencia del norte habría que deshechar que la clave de bóveda de su política consistió en crear una gran patria hispano-americana, dotar de unidad y vigor a las ex-colonias españolas y entrelazadas por tradiciones culturales, por fe religiosa e idioma comunes y por los fuertes lazos generados por la lucha emancipadora contra el mismo enemigo.

Tendrían razón, entonces, quienes sustentan la tesis de que la idea bolivariana es el lejano antecedente del actual sistema interamericano y sus múltiples organismos: OEA, TIAR, ALALC, BID, etc.

El atento y desapasionado examen de la documentación pertinente no deja lugar a dudas: Bolívar fue terminantemente contrario a la invitación a los Estados Unidos, la que fue cursada, a sus espaldas, por Santander.

Los siguientes antecedentes y hechos avalan aquella convicción.

1) En carta a Santander acerca de la creación de la fe-

deración americana y de la necesidad de concertar un acuerdo con la Gran Bretaña para neutralizar los propósitos restauradores de la Santa Alianza, Bolívar escribe: "por mi parte no pienso abandonar la idea aunque nadie la apruebe". Los siguientes conceptos demuestran que en ese "nadie" iba comprendido el gobierno de Washington: ". . . desde luego, los señores americanos serán sus mayores opositores, a título de independencia y libertad; pero el verdadero título es por egoísmo y porque nada temen en su estado doméstico".

2) En la invitación al Congreso de Panamá—7 de diciembre de 1824— escribe Bolívar a los gobiernos de Colombia, Río de la Plata, Chile, México y Guatemala (lo hace desde Lima): ". . . es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible la duración de los gobiernos"

3) Según el informe del general Carlos de Alvear sobre sus discusiones con el Libertador en el Cuzco, cuando se consideraban los alcances del Congreso ya convocado y el argentino aludió a que los Estados Unidos habían sido invitados, la respuesta de Bolívar fue terminante: "yo no aprobé dicha invitación" (30).

4) Es sabido que en la última fase de su vida el Dr. Bernardo de Monteagudo fue estrecho colaborador de Bolívar y que, precisamente, fue su mano derecha en la preparación de la asamblea de Panamá. Al regreso de Junín—donde Monteagudo acompañó al vencedor— se redactó la nota invitación y en ella colaboró el brillante ideólogo del sur. Es más, por encargo de su jefe escribió el famoso texto:

"Ensayo sobre la necesidad de una Federación General, entre los Estados Hispano-americanos y plan de su organización". No cabe la menor duda de que él recoge, fielmente, su pensamiento. La tesis allí erguida es de meridiana claridad: federación de las nuevas repúblicas hispano-americanas y punto (31).

5) El juicio de Bolívar sobre los Estados Unidos madura con los años. Al fin de su vida lo expresa contundentemente en carta al coronel Patricio Campbell, encargado de negocios británicos en Washington: "**Y los Estados Unidos que parecen destinados a plagar la América de miserias a nombre de la libertad**". (32).

6) La invitación cursada por Santander a Washington fue arduamente discutida en el Congreso norteamericano. El secretario de Estado, Mr. Clay, declaró sin rodeos que la Unión no cooperaría en la formación de una Liga con "poder de decidir en última instancia las controversias entre los estados americanos o regular de un modo cualquiera su conducta". Fue designado, tardíamente delegado a Panamá el Ministro en Colombia, Mr. Anderson, y su muerte impidió la participación norteamericana. Pero se conocen las instrucciones impartidas por Henry Clay en las que se le encomienda una oposición implacable a todo intento de liberar de la tutela española a las islas de Puerto Rico y Cuba: "junto con el fundado temor de contagio de un ejemplo tan próximo y peligroso, los empeñaría a riesgo aún de romper con Colombia y México una amistad que tanto aprecian, de valerse de todos los medios necesarios para su seguridad". La naturaleza de tales medios se aclara en carta a Mr. Midd-

leton, mencionada en las instrucciones: “La fuerza marítima de los Estados Unidos tal cual se halla o pueda hallarse en adelante (33).

La preparación de una expedición libertadora a Puerto Rico y Cuba era meta esencial del Congreso Bolivariano. Por esa fecha existía en América la convicción de una inminente empresa militar española apoyada por la Santa Alianza que, sin duda, levantaría en sus últimas posesiones su plaza fuerte para operar contra las naciones ya emancipadas. De modo que en punto tan vital, las posiciones de Bolívar y de Washington eran flagrantemente opuestas. Es más, la pretensión norteamericana de preservar la soberanía del enflaquecido imperio Español en Puerto Rico y Cuba, hacia donde ya apuntaba su expansionismo en ciernes, fue mucho más lejos.

Como lo prueba irrefutablemente Manfred Kossok (34), de junio a julio de 1825, en la fase final de la conferencia de la Santa Alianza celebrada en París, se despliega una intensa campaña diplomática estadounidense dirigida a concertar un acuerdo con las potencias europeas para garantizar a España la posesión de sus postreros reductos coloniales en Indias. La propuesta fue elevada al Zar de Rusia y a los Gabinetes de París y Londres. O sea, intervención norteamericano-europea para trabar el desarrollo del proceso emancipador hispano-americano. ¿Qué había sido de la doctrina Monroe?

Las desconfianzas de Bolívar, sus prevenciones contra los designios de los Estados Unidos eran tan certeras como su espada.

## Bolívar e Inglaterra

Entre 1823 y 1826, en las flamantes repúblicas meridionales cundía la certidumbre de que la Santa Alianza tramaba una expedición de reconquista en apoyo de los intereses fernandistas. Tal vez se supo que el empeinado rey absolutista pagaba a Metterlich 60.000 francos anuales para promover sus ambiciones (35). Lo cierto es que mucho se habló del proyecto favorito de Chateaubriand: “pacificar” hispano-américa con tropas francesas y obtener, a cambio, compensaciones territoriales.

La moderna historiografía —Perkins, Webster, Temperley, Kaufmann, Kossok (36)— ha probado dos extremos al respecto: a) que los planes carecían de consistencia porque, en definitiva, era imposible llevárselos a la práctica y b) que Canning fomentó su divulgación inflando un fabuloso “bluff” diplomático, con el fin de llevar agua a sus molinos.

El sagaz y artero Canciller perseguía tres objetivos: a) presentar ante los ojos hispano-americanos a la Gran Bretaña como su única salvación, b) desarmar, de esa manera, factibles resistencias a los leoninos tratados de “amistad y comercio” que su diplomacia estaba haciendo firmar a los

gobiernos australes y c) acercamiento de los Estados Unidos; obligarlos a ceder pretensiones ante la inminencia de un golpe del "enemigo común".

¿Cómo reprocharle a Bolívar su honda preocupación al respecto, cuando la sutil y ubicua telaraña del Forcing Office estaba dedicada a sustentar la verosimilitud del rumor? El Libertador veía que con Gran Bretaña a su lado, toda tentativa restauradora era inútil. De ahí la importancia que concedió a la alianza con la "pérfida Albión". Hay que decir en su favor que, considerando imprescindible el pacto con la mayor potencia marítima de su tiempo, pretendía negociarlo desde posiciones de fuerza; es decir, desde la perspectiva de una Hispano-América unida a una gran nación federada.

Bolívar encaraba el entendimiento con Londres con los ojos bien abiertos. Necesidad táctica no es sumisión incondicional. Por cierto que a su comprensión no había escapado lo que significaba el imperialismo inglés. En carta a Santander (21-X-1825) dice: "No he visto aún el tratado de comercio y navegación con la Gran Bretaña, que según Ud. dice es bueno; pero yo temo mucho que no sea tanto, porque los ingleses son terribles para estas cosas" (37).

Y otro mensaje, poco conocido, a Santander formula su criterio: "Mientras tanto crecemos, nos fortificamos y seremos verdaderamente naciones para cuando podamos tener compromisos nocivos con nuestra aliada (Inglaterra). Entonces, nuestra propia fortaleza y las relaciones que podamos formar con otras naciones europeas, nos pondrá fuera del alcance de nuestros tutores y aliados. Supongamos aún que suframos por la supe-

rioridad de Inglaterra; este sufrimiento mismo será una prueba de que existimos y existiendo tendremos la esperanza de librarnos del sufrimiento. En tanto que si seguimos en la perniciosa soltura en que nos hallamos, nos vamos a extinguir por nuestros propios esfuerzos en busca de una libertad indefinida". (38)

Penetrante lucidez y asombrosa actualidad.

## El Congreso

El clima político que rodeó la instalación del Congreso fue indiferente, frío. Lo constata un artículo titulado "Confederación Americana", reproducido por "El Patriota de Guayaquil" y la "Gaceta de Colombia": "no podemos menos que manifestar nuestra sorpresa y aún podríamos decir, nuestro desconsuelo, al ver pasar sobre nosotros, con un triste silencio de nuestra parte, el más grande acto americano". Desinterés, velada reticencia que anuncian la fatal disgregación que estallaría no mucho después. Son los primeros ventarrillos del vendaval.

En abril de 1825 Bolívar sugiere los nombres de José María Prado y Manuel Vidaurre como delegados peruanos. Llegan a Panamá el 13 de junio, no encuentran a nadie. Prado, tras estéril espera, regresa a Lima a hacerse cargo de la Cancillería. Es sustituido por Manuel Pérez Tudela. Recién en diciembre arriban los delegados colombianos, Dr. Pedro Gual y Gral. Pedro Briceño. El 18 de marzo de 1826 se incorpora la representación de Guatemala que, por entonces, abarca a toda Centroamérica, Antonio Larrazaábal y Pedro

Molina. El 4 de junio llegan los representantes de México, Gral. José Michelena y José Domínguez. Eduardo S. Dawkins asiste como observador en nombre de Su Majestad Británica, no sin antes declarar que no se inmiscuiría en las deliberaciones, que velaría por los intereses de su país y de reiterar la neutralidad inglesa entre España y sus ex colonias. El otro delegado norteamericano —uno falleció antes de llegar, según quedó dicho—, Mr. John Sargeant, no pudo salir de la Unión por carencia de recursos, votado con mucho retraso por el Congreso. Paraguay, enclaustrado por la política francista, se mantuvo al margen. Brasil no se hizo representar (Bolívar era contrario a que se le invitara), absorbido en su conflicto por la Provincia Oriental. Chile no asistió pretextando que la concurrencia era asunto privativo del poder legislativo y éste nada había decidido. Buenos Aires era adverso a la idea. No sólo no concurrió, sino que sus gobernantes unitarios no ocultaron su repudio: “La influencia que tendría con las deliberaciones la República de Colombia, o sin que ella la ejerza de hecho bastaría para inspirar celos y hacer que se mirase con prevención el ajuste más racional, el pacto más beneficioso, el tratado en que se establecieran con más escrupulosa igualdad, los derechos y los deberes y nos hace mirar con horror el proyecto de celebrar tan temprano un tratado entre los Estados que, bajo diferentes aspectos, no pueden sin imprudencia, comprometerse a semejante pacto” (39)

Es sugestivo que las dos repúblicas donde la influencia inglesa era más visible y determinante, Argentina y Chile, se desentendieran del cónclave.

En el caso de Rivadavia su recelo anti-bolivariano se

combina con la postura pro-británica de sabotear toda iniciativa para unir a Hispano-América en una fuerte nación. El 22 de junio se abrieron los debates. El 15 de julio se suspenden y se resuelve continuar en Tacubaya, a una legua de ciudad de México. Parte de los delegados regresan a sus países para consultar lo sancionado y parte se traslada al nuevo escenario directamente.

¿Qué resolvió el Congreso? Más y mejor de lo que se supone habitualmente, aunque cabe reconocer que en los tópicos más importantes —el Tratado de Unión o Confederación— no rebasa los términos de los acuerdos ya concertados por la Misión Mosquera.

Consta de 31 artículos y su meta es “hacer cada vez más fuertes e indisolubles los vínculos y relaciones fraternales” de los países miembros; para lo cual se comprometen a “sostener y defender la integridad de sus respectivos territorios y emplear al efecto en común, sus fuerzas y recursos si fuera necesario”. Se establece el régimen republicano y democrático como sustento insoslayable de la Confederación: “Si alguna de las partes variase esencialmente su forma de gobierno no será reconocido, ni ella readmitida en dicha Confederación, sino por el voto unánime de todas las partes que la constituyen o constituyesen entonces”.

Se estipula el compromiso de no concluir con los enemigos de la independencia paz por separado, o aceptar ninguna propuesta o negociación diplomática que pueda afectar el reconocimiento pleno de la independencia, ni obtener por medio de gestiones comerciales, subsidios o por vía de indemnización. También se garantizan los límites de los miembros, se prevee un futuro tratado de comercio y se

proscribe la esclavitud. En los arts. 1, 15 y 16 se contempla una de las aspiraciones más caras de Bolívar: crear un ejército y una armada comunes. Se estipulan las fuerzas de mar y tierra que debe aportar cada signatario, su financiación, organización y mandos. Esta fuerza hispano-americana tenía por objetivo inmediato la liberación de Cuba y Puerto Rico. Se sancionó, también, una convención relativa a las futuras reuniones del Congreso y las normas y procedimientos pertinentes; un acuerdo requerido por esta convención pero relativo a la creación de la escuadra y del ejército comunes, fue calificado de secreto. En esta materia, sin embargo, el pensamiento bolivariano fue limitado seriamente. La fuerza común no será independiente de las partes constitutivas —como él lo postulara— sino que por él, estarán a las órdenes del gobierno que han de auxiliar. Es relevante el esfuerzo del Sr. Gual, según instrucciones del Libertador, para formar el cuerpo inicial de un derecho internacional vigente entre las potencias de la época. Pero la propuesta tropezó con tales resistencias, que fue excluida del temario. El aporte bolivariano al enriquecimiento del derecho internacional es inestimable y sobre el tema se han escrito valiosos estudios como el de Francisco Cuevas Cancino (40).

Si todo lo resuelto se hubiera cimentado en una real y vigorosa unidad política continental, hubiera sido —a pesar de sus carencias y limitaciones— el precioso núcleo inicial de la gran nación a construir. Más esos cimientos ya estaban al borde de la disolución. Sin subestimar las relaciones jurídicas del Congreso y su valor como antecedentes del porvenir, entendemos que el contexto político en el cual se

inscriben, le restan significación, por lo menos, inmediata. La actitud del caudillo ante sus resultados y lo sucedido en Tacubaya, corroboran nuestro juicio.

Sólo Colombia ratificó las decisiones de Panamá. Perú no envió delegación a la nueva instancia. La federación centroamericana se debatía, ya, en pleno proceso de desmembramiento, en México se había fortalecido una intransigente oposición a confederarse “como un grupo de repúblicas sin importancia”. El que arribó, por fin, fue Mr. Sargeant; los hechos habían trabajado para él. En tales circunstancias, Tacubaya fue un fiasco irredimible. El desencanto de Bolívar fue acfbar, en un tiempo en que su vida sería muy rica en decepciones. En carta a Santander dijo que el Congreso más bien parecía “una representación teatral”. A Páez le confió palabras definitivas: “El Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable, si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. **Su poder será una sombra**, y sus decretos meros consejos; nada más”. La idea naufragaba en los primeros tramos de 1827; para esa fecha, la obra unificadora del Libertador se agrietaba por los cuatro costados.

## V

# LA DESINTEGRACION

**E**ntre 1825 y 1830 se produce la balkanización de la América Hispana. No debe extrañarnos. Trizada la cáscara inerte del Imperio Español, abiertas las economías hispano-americanas a la división internacional del trabajo que se digitaba desde Inglaterra; la desarticulación de sus estructuras, el desmoronamiento de la posible base material para crear la Patria grande se aceleró vertiginosamente. En cuanto Gran Bretaña superó la crisis post-napoleónica de 1818 y la depresión especulativa y escandalosa de 1825, nada pudo detener su avasallante carrera hacia la hegemonía mundial, ni la configuración de una economía internacional liberal con su cerebro en la City.

Las grandes ciudades-puertos de América se enriquecieron y poblaron, allí se asentaron las sucursales de las



casas comerciales británicas, sus agentes financieros y de la industria en franco desarrollo; los subsidios de Su Majestad controlan el flujo exportador de materias primas y el flujo importador de manufacturas europeas, manipulean gobiernos desde la trastienda, se erigen en factotums de la vida económica y política. L. Mansilla comenta, no sin cierta envidia: "ser inglés, qué pichincha"

La gran ciudad-puerto es, pues, satélite de la metrópoli de las capitales de provincia o estados, donde residen y operan sus filiales y agencias. Estas, por su parte, son satélites de las metrópolis de los pueblitos y caseríos rurales y mineros; los que, a su turno, son satélites de las capitales provinciales y submetrópolis de sus hinterlands agrarios o mineros. Una cadena de eslabones eficientes de sub-metrópolis y simultáneos, une a la transmarina City con los humildes labradores, arrieros, ganaderos pobres, pulperos, obreros de las minas y peones de nuestras tierras.

Las burguesías locales son sólo intermediarias de la burguesía imperial, sirven a su sistema, son engranajes de su enriquecimiento. Nuestras economías se fragmentan en torno a esos ejes de submetrópolis —satélites, cada segmento se vincula cada vez más orgánicamente con el exterior, así como se aísla cada vez más con el resto del país. No se organizan por ende, economías integradas, capaces de autogenerar su propio crecimiento capitalista. Las artesanías y manufacturas autóctonas son arrasadas no por una floreciente industria moderna y nacional, sino por mercancías extranjeras importadas; es lo que Paul A. Baran llamó "el infanticidio industrial" (41). Tales estructuras fracturadas, inconexas, desarticuladas entre sí nutren la acumulación

capitalista de la metrópoli, a ella le traspasan gran parte del excedente económico que generan. Hoy Gunter Frank ha acuñado una feliz expresión para designar el fenómeno "el desarrollo del subdesarrollo" (42).

Por su inmadurez económica, afianzada por la deformación impuesta por los imperios, en nuestra América, no cuajan auténticas naciones, sino naciones a medias, inconclusas; o como dijera Ortega y Gasset de España, invertidas.

No pueden sazonar donde no existe un verdadero mercado nacional, una economía coherente de desarrollo autosostenido. En cambio florecen con lujuria lo que sagazmente, Samir Amin llama "micro-nacionalismos" (43). ¿En qué desdichada medida nuestra historia, no es otra cosa que la agitación de los "micro-nacionalismos" que brotan como hongos, alimentan bastardas ambiciones y se trenzan en sangrientas y yermas rivalidades?

La ciudad-puerto y su zona de influencia agro-exportadora o minero-exportadora, tiende a imponer sus intereses al resto o, de no poder hacerlo, tienden a independizarse del resto. Es la historia, por ejemplo, de Buenos Aires, oscilando, siempre, entre su tiranía sobre las demás provincias, o el insolente separatismo, puesto que puede prescindir de "los 13 ranchos".

Tal realidad dispersiva, centrífuga es el modo que asume la incorporación plena de la economía rezagada de América hispana al mercado mundial unificado por la supremacía del capitalismo industrial.

Ha madurado morosamente en el seno del Imperio español mercantilista, apura el paso, en el siglo XVIII, ba-

jo el acicate del "despotismo ilustrado" borbónico; la emancipación la libera de las rigideces que enaltecen su desarrollo, exacerba sus contradicciones y apresura su distorsión.

Otros factores contribuyen a la monocultura, el subdesarrollo, la dependencia, el descoyuntamiento de nuestras economías. Algunos propios: la geografía enemiga, la implacable que "atacaba a Bolívar —escribe von Hagen— por todos lados. Hacían falta dos meses para que llegara una carta de Colombia; Panamá estaba a cincuenta y cinco días de distancia y Venezuela a tres meses".

El propio sacudón revolucionario ha desquiciado la producción, empobrecido a la gente, destruído caminos, edificios y sementeras. En una fuente ácida de descontento, desanima la fe en la idea nacional latinoamericana. Bolívar es consciente de lo que sucede, lo llama "la gloria del martirio".

Otros factores presionan desde fuera. De 1822 a 1826 la banca inglesa concede diez empréstitos, uno lleva al otro, que atan a las oligarquías al carro de la City. Apenas desembolsan siete millones de libras, pero intereses, comisiones y trapisnadas engordan la deuda a casi 21 millones (45). Coyunda financiera que se enlaza con los tratados de "comercio y amistad" a perpetuidad, firmados por la casi unanimidad de las nuevas repúblicas. Son factores decisivos del coloniaje liberal.

La política atomizante —dividir para reinar— de la Gran Bretaña se basa en el Memorandum Castlereagh de 1807, pero es de 1825 a 1830 que cosecha sus pingües frutos.

Es archiconocida la activa intervención inglesa en la

disgregación de las Provincias Unidas del Rfo de la PLata, también se aprecian sus huellas dactilares en los sucesos separatistas de la gran Colombia. Madariaga exhuma documentos probatorios de la intromisión del Almirante Fleming, al mando de la flota de las Indias occidentales, y del Gral. Grant en la escisión venezolana. Al expirar 1829, el "Kangorco" navegó a Maracaibo para desembarcar a Pedro Celis, quien debía levantar la ciudad en favor de Páez.

Y concluye: "Así vino a tener el separatismo un saborcillo británico que añadió no poco vigor" (46).

A lo que hay que sumar las pugnas interregionales, las viejas querellas que se arrastran desde la colonia y las que nacen en la rebatiña de los nuevos mercados. Si no hubiera existido ese clima enrarecido y propicio a la disolución, si las fuerzas impersonales desgarrantes no hubieran adquirido tanto poder, no hubieran prosperado las ambiciones, resentimientos y celos de los Montilla, Urdaneta Flores y el mismo Santander Páez.

Dos comunidades son indispensables —quedó dicho— para articular una verdadera nación; la comunidad económica y la comunidad de tradiciones históricas. La inmadurez y frustración de la primera determinó el fracaso de la unidad nacional hispano-americana en el ocaso del Libertador; así como la vigencia de la segunda determina que ese fracaso no sea definitivo.

Tradiciones comunes, idioma y religión comunes debilitadas por su prosapia española.

La solidaridad de la lucha emancipadora languidece una vez que la independencia se hubo conquistado. Sólo quedó en pie, íntegra, como polo aglutinante y cohesivo,

egregia figura del caudillo nacional y popular.

El clímax bolivariano radica en esa fase preparatoria del Congreso de Panamá, en que reúne en sí la Presidencia de la Gran Colombia, la Presidencia del Perú, su indiscutida influencia en el Alto Perú y su concertación con los caudillos federales del Río de la Plata. En ese instante parece a un paso de la cumbre, araña la final encarnación de la idea: **una patria, un pueblo, un caudillo.**

El, que tanto amó a su Caracas, a su lar, comprendía perfectamente la situación y su rol: **“ya no soy de Caracas sola, soy de toda la Nación”.**

Pero la Nación alimenta en sus entrañas los gérmenes de la dispersión. Bolívar lo admite en frase tan bella, como triste: la patria **“es una corza herida”.**

Su carisma no alcanza, su magnetismo no es suficiente para contener las furias desatadas de la desintegración.

**“Si un hombre fuese necesario para sostener el Estado —escribe— ese Estado no debería existir, y al fin no existirá”.** Su mente intuitiva y vibrátil a los febriles y subrepticios pulsos de América, presiente la guerra sorda que han de declararle los localismos, los apetitos de sus propios lugartenientes de la víspera y esos personajillos, que como verdosos moscardones, zumban en torno a la descomposición de los grandes prestigios. Su sabio y avejentado corazón le susurra algo más; en ese devenir sombrío so sólo se juega el destino de la idea, de su obra, sino también de su propia vida que la encarna e ilumina. Escribe a Santa Cruz: **“voy a entrar en un laberinto horrible”.**

Ve y sabe dos cosas que los demás no ven, ni saben.

Que su ser desfalleciente es lo único que sostiene, como un hilván precario, la unidad nacional; pero no puede con la tarea que se ha echado a los hombros, es impotente ante la correntada de la adversidad. Por otro lado, vislumbra con claridad hiriente el futuro anárquico, sangriento, miserable, humillante que depare a los pueblos su derota. Dos raíces tiene su angustia, dos fuentes nutren su desesperación; su impotencia y la desdicha que para supatria y su pueblo significa esa importancia.

**“No soy Dios y no puedo cambiar los hombres y las cosas. . .”**

**“Estoy desesperado con los hombres y las cosas”**

La tisis corroe irremediablemente su cuerpo y la amargura, el desencanto, su espíritu.

**“Estoy abrumado y el prestigio de mi nombre se ha desvanecido”.**

Su grito es lacerante, imploración indignada, rabia delirante: **“no matéis a la patria”**

Así la historia va cavando la fosa insondable de su trágica soledad. Sufre la herida despiadada del asesinato de Sucre. —el elegido para sucederle—; una noche de setiembre atentan contra su vida —**“sus puñales me han llegado al corazón”**—, la calumnia lo muerde, la traición lo aseña.

Su soledad es la consecuencia de su propia gloria, nace de su don de penetrar lo que aún no ha acaecido. Sólo él comprende que su desmayo físico y espiritual es, también, el derrumbre de la unidad nacional, la fractura de la patria. Sólo él sabe que su muerte, es también la muerte de la idea unificadora y nacionalista y sólo él degusta el agrio sabor

de los padecimientos que acechen a los pueblos.

Desterrado, pobre moribundo, desesperado se aproxima a su fin. Su muerte no es diferente de la que sufren los otros paladines de la Patria Grande. Sucre, asesinado en Bermejos, Monteagudo asesinado en Lima, Artigas desterrado en el Paraguay, San Martín exiliado en Europa, Morazán se debate, inútilmente, contra la atomización de la nación centroamericana y su propio ostracismo.

Pero nada comparable a la trágica soledad final de Bolívar; porque nadie estuvo más cerca de forjar la gran nación.

El estrépito espantable de su bancarrota, se mide por la magnitud gigantesca de su quehacer. Al despedirse de Manuela le ha escrito: "En el futuro tu estarás sola, aunque al lado de tu marido. Yo estaré solo en medio del mundo".

Su último viaje es en una carreta, la última casa que lo acoge es de español, la camisa que lo amortaja es ajena, el sacerdote que lo asiste es un indio. Rindió su preciosa vida en lo mejor de la edad: 47 años.

Rodó dijo de él muy hermosas palabras: "Grande en el pensamiento, grande en la acción, grande en la gloria, grande en el infortunio. . .".

Pudo haber agregado: "grande, muy grande en la trágica soledad del visionario".

## VI AYER, HOY Y MAÑANA

## VI AYER, HOY Y MAÑANA

**E**l nacionalismo es el proyecto, el programa, la idea de crear la nación. Simón Bolívar fue esencialmente nacionalista. En ello hay que poner el acento.

Sus ideas sobre la organización del Estado, o el equilibrio de poderes, o el modo de hacer efectiva la soberanía popular, son medios, instrumentos al servicio de la tarea primordial: crear la nación.

Pero hay nacionalismos y nacionalismos.

Podemos distinguir tres etapas en su evolución.

1) La primera corresponde al nacionalismo burgués, anti-feudal, liberal, conducido por las burguesías industriales en su época indisputablemente revolucionaria. Culmina con la consolidación de los Estados nacionales europeos tardíos -Alemania e Italia-, con la fundación del Estado na-

cional moderno japonés por la dinastía Meiji y por el triunfo del norte sobre el sur en la guerra de secesión norteamericana, que pone fin al inconciliable dualismo de la Unión; todo ello en la década 1860-70.

2) Los Estados nacionales burgueses transitan hacia el capitalismo monopolista y al expansionismo imperialista, en el último tercio del siglo XIX. El nacionalismo anti-feudal, demo-liberal de las revoluciones del 30 y del 48, se trastoca en el nacionalismo agresivo, conquistador, imperial que desembocará en la Primera Guerra Mundial. Un fenómeno político progresista deviene, dialécticamente en otro retardatario y negativo. Para Inglaterra se trata de "la política de los mares", o "la carga del hombre blanco"; para Francia, de la "grandeur"; para Estados Unidos, del "destino manifiesto"; más tarde para Alemania, de la superioridad racial. Nacionalismo que exige el avasallamiento de otros pueblos; colonialista, rapaz.

3) A su vez, la agresión imperial de las potencias provoca, dialécticamente en las áreas sometidas, la eclosión de un tercer tipo de nacionalismo, nuevo, anti-imperialista (anti-feudal allí donde existen formas semi-feudales asociadas al coloniaje) y popular, de masas.

Ya no es conducido por las burguesías nativas, que como se explicó más arriba- tienden a transar y a ligarse con el capital extranjero en la explotación de los recursos y del trabajo de sus propios países. Son burguesías dependientes, agentes de las metrópolis (sin desconocer que existen sectores industriales capaces de integrar el movimiento nacional, pero no de vanguardizarlo consecuentemente).

Por ser nacionalismos de masas, policlasistas, en las

que se conjugan campesinos, trabajadores, pequeña burguesía urbana, intelectuales y grupos burgueses medios reivindica programas de avanzado contenido social. Nacionalización de las riquezas naturales, reforma agraria, leyes laborales justas y amplia democratización de la vida política, son puntos coincidentes de la programática del nacionalismo tercermundista.

¿Cómo clasificar el nacionalismo bolivariano?

No abrigamos la menor duda: es un asombroso precursor del nacionalismo contemporáneo del Tercer Mundo. Ya explicamos como Bolívar fusiona la cuestión nacional y la cuestión social; como ante la ausencia de verdaderas burguesías industriales y nacionales, se apoya en las masas populares, en los desposeídos, en "los colores" según sus propias palabras. Su nacionalismo no solo procura la destrucción de las ataduras al imperialismo mercantilista español, sino que enfrenta al sistema colonizador y disgregante de las potencias dominantes, en especial Inglaterra y los Estados Unidos. Busca una alianza con los ingleses, más lo hace por acuciantes razones tácticas y muy consciente de los riesgos. Simón Bolívar -como José Artigas- se adelanta más de una centuria a su tiempo.

El bolivarianismo es parte del ayer, pero también del hoy y del mañana. Tal vez más factible en el hoy y en el mañana, que en el ayer. Su vigencia reverdece a medida que la historia ratifica el acierto de sus ideas.

Bolívar entendió que el fracaso de la unidad nacional hispano-americana acarrearía padecimientos y desdichas a los pueblos. El crecimiento económico, la justicia social, la democracia y hasta la propia independencia -arrancada con

tanto sacrificio- serían cuestionados, expuestos a deterioros y frustraciones. Sus predicciones fueron dolorosas y ampliamente confirmadas. Al advenir el imperialismo monopolista, la dependencia económica se sistematizó y profundizó, trabando gravemente el desarrollo de nuestras economías. El mundo se dividió en centro y periferia, en un puñado de potencias ricas y determinantes y una multitud de países empobrecidos y determinados; entre ellos, las repúblicas que él librara o en las que su nombre tuviera honda resonancia.

El colonialismo económico se complementa con la intromisión política ajena a la alineación cultural. Las incoherencias, el violento desarrollo desigual de nuestras sociedades, la segmentación interna se intensifican y esclerosan.

El reto a la América meridional es dramático y la respuesta fueron movimientos anti-imperialistas, nacionalistas y populares.

Recordemos algunos, insurgidos en el espacio de influencia directa bolivariana.

El gobierno de Balmaceda en Chile a fines del siglo XIX; las experiencias acaudilladas por Batlle y Ordoñez en Uruguay, por Irigoyen en Argentina y por Alessandri en Chile, entre 1900 y 1920. El peronismo argentino, la Revolución Boliviana, las experiencias de Acción Democrática en Venezuela, el gaitanismo colombiano, el febrerismo paraguayo, en la larga crisis histórica que abarca la depresión de los 30 y la Segunda Guerra Mundial con sus consecuencias.

En nuestro tiempo, la Revolución Peruana, el allendismo chileno, el gobierno de Torrijos en Panamá.

De dos maneras el espíritu bolivariano incide en ellos.

a) Porque asumen sus ideas claves: nacionalismo de masas, anti-imperialismo, programas de liberación económica y justicia social, solidaridad latino-americana.

b) Porque confirman un de sus tesis esenciales al ser derrotados circunstancialmente entre otras causas, por el aislamiento en que se desenvuelven.

Los hechos rudos, porfiados, implacables nos han hecho comprender una verdad que el Libertador sabía y proclamó: la revolución nacional y popular de nuestras patrias será continental, o no será.

Eso es Bolívar puro.

# Epílogo

## EL SIGLO XX:

### “Siglo de las nuevas nacionalidades”

**L**a pasada centuria es calificada como “el siglo de las nacionalidades”; pero el siglo XX ostenta mejores títulos para el calificativo. En lo que lleva, han nacido centenares de nuevos Estados nacionales del Tercer Mundo que procuran, con éxito desigual, su lugar al sol; la nación es, pese a quien pese, el hecho político clave de nuestra época. es verdad que se lo discute, se lo asedia y tirotea desde las más disímiles trincheras. Dos impugnaciones son especialmente agresivas. Por un lado, las corporaciones transnacionales que tienden a erigirse en superestados omnímodos al servicio de la voracidad capitalista y corrompen, presionan, lesionan y, a veces, arrasan la soberanía de las naciones más débiles y pobres.



Por otro, una versión malentendida, utópica y sectaria del "internacionalismo proletario", que olvida la propia enseñanza de Lenin: no es posible un verdadero internacionalismo, sin que desaparezca la división entre naciones opresoras y oprimidas.

Aún en medio de arteras correntadas, el Estado nacional es el protagonista decisivo, tanto en Occidente, como en Oriente.

Bolívar apreció, con luminosa visión, la persistencia y fecundidad de la nación como medio de organizar las comunidades y solidarizar a los hombres.

Su pensamiento, su obra, sus batallas giraron sobre ese eje; la nación soberana, prospera y justa. Sus luchas por la independencia procuran un atributo esencial de la existencia nacional; que no es tal, sino es independiente.

Sus afanes por la república democrática (47), son pieza fundamental de su concepción del Estado-Nación de masas, fundado en la activa y creadora participación de los pueblos.

La actual lozanía de la nación es, pues, otro triunfo de la cosmovisión bolivariana.

## **La Integración.**

El excepcional desarrollo de las fuerzas productivas, los prodigios de la tecnología, los veloces medios de transporte, la comunicación de masas, han tomado difícil, ardua o, todavía, inviable, la estabilidad de las naciones pequeñas.

En nuestros días el Estado-Nación sólo puede cultivar sus potencialidades en favor del ser humano, sobre las bases de un dilatado espacio económico-geográfico.

Las economías de escala están a la orden del día. Priman las naciones de dimensión continentales; los Estados Unidos, la URSS, China Popular, Europa, que no ha perdido tiempo en superar seculares enconos y se dirige, seguramente, a la creación de un gran Estado europeo por las vías del Mercado Común y de sus instituciones políticas.

Es otra victoria del pensamiento bolivariano.

Su gran sueño, su atormentador desvelo fue la creación de una nación que federara a las "ex-colonias españolas".

En su razonar, la nación es un medio al servicio del hombre.

La federación hispano-americana satisface cuatro necesidades históricas del hombre americano.

1) Unidad y coordinación para vencer la guerra de la independencia contra España.

2) Unidad para favorecer el desarrollo, la justicia social y la democracia en cada república miembro.

3) Unidad para que el Nuevo Mundo, de raíz hispana, india y mestiza, gravite en la comunidad internacional y la enriquezca con sus ideales y realizaciones.

Concepto ya perfeccionado en la Carta de Jamaica del 6 de setiembre de 1815: "Que bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos; ojalá que algún día tengamos a fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes

de las repúblicas, reinos e imperios a tratar de discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo”.

4) Unidad para tratar con la nación más poderosa y expansiva de su época: gran Bretaña.

El pensamiento de Bolívar exhibe esa rara mixtura del vuelo imaginativo de la utopía con el realismo más crudo y riguroso, que de tanto en tanto florece en la humanidad.

Accechada por el revanchismo español y por las pretensiones rectoras de la Santa Alianza (reales o supuestas, pero vivas en las mentes de los hombres de su tiempo), la independencia de las nacientes repúblicas requiere la garantía británica. Es ineludible, resulta infaliblemente de la ecuación del poder internacional. El libertador balancea el afán imperializante de los ingleses, las desventajas de su trato y la necesidad de él.

Su estrategia conjuga ambos extremos: el imperativo de negociar y los riesgos del interlocutor.

Nada mejor, pues, que tratar en las mejores condiciones para la patria, desde lo que hoy llamaríamos “posiciones de fuerza”; o sea, desde la perspectiva de una gran nación federada capaz de sostener el diálogo de igual a igual. La historia demostró cuanta razón lo asistía. Las débiles y desunidas repúblicas resultaron presa fácil para la rapacidad de la City y la habilidad sutil del Foreign Office, o la presencia imponente de la Armada de Su Majestad.

## América Latina y los Estados Unidos

En el siglo XX —sobre todo en el presente— la estrategia bolivariana no sólo resulta lozana y actual, sino que se ha vuelto capital, cuestión de vida o muerte, para nuestro continente. La geopolítica manda y América Latina está situada en el mismo espacio histórico-geográfico que la potencia capitalista más poderosa de la tierra: los Estados Unidos. Allí radican la mayoría de las matrices de las transnacionales, su burguesía corporativa ha sido causa decisiva de una larga y negra historia de atropellos, exacciones contra nuestros pueblos. Pero también allí vive y trabaja un gran pueblo que puede llegar a ser nuestro eficaz aliado en la empresa liberadora. Tratar con los Estados Unidos es insoslayable; es un factor ineludible de nuestro destino. Si la balkanización tanto favoreció a la lejana metrópoli británica, cuanto más facilita la tutela y el despojo a los vecinos monopolios. Mientras ellos maquinan la historia, nosotros la sufrimos. La rapiña de México, el “big stick”, “la diplomacia del dólar”, el “buen vecino”, la “alianza para el progreso”, la “doctrina Johnson” o el “nuevo diálogo” propuesto por H. Kissinger son políticas del imperio; en perspectiva, con mayor descaro, o sofisticada simulación, no han hecho otra cosa que perpetuar la dominación. Bien dice Ricardo A. Martínez (48) que de la doble y antagónica interpretación del bolivarianismo, han nacido dos criterios para encarar las obligadas relaciones entre América Latina y los EEUU. De la exégesis falaz y aderezada que moldea a Bolívar como fundador del panamericanismo, emana la

adhesión incondicional al sistema interamericano, sistema que, al incluir en su seno al imperio más poderoso de la historia, consagra relaciones inevitablemente desiguales, auspicia la política divisionista, el principio de "dividir para reinar". ¿Cómo puede prosperar la integración al servicio del desarrollo autónomo, si se le asocia a intereses que se nutren de nuestro subdesarrollo y unión?

Justamente, hijo de la crisis, consecuencia de tantos desengaños ha surgido una nueva organización unitaria que sí retoma la interpretación veraz y consecuente del bolivarianismo: el "sistema económico latino-americano" (SELA). Es un primer paso, tal vez no le sobra audacia, pero todo indica que, en la buena dirección. Nació en Panamá el 17 de octubre de 1975, a iniciativa de Venezuela y México. La historia suele actuar como una vieja y pícara bruja, que se complace en jugar con lugares, nombres y naciones. El SELA se constituye donde se realizó el congreso de 1826, a propuesta de la patria natal del Libertador y de uno de los estados que participaron más activamente entonces.

Sus objetivos procuran la unidad, el concierto Latino-americano para encarar el doble desafío de la integración y el desarrollo. Naturalmente, parte de tal desafío consiste en discutir con los EEUU una vasta y punzante problemática. Pero ahora al amparo de la unidad, de la concertación latino-americana previa.

Otra vez, Bolívar pudo.

Al SELA han adherido todos los países de sur—con mayor o menor entusiasmo—, cualquiera sea su orientación ideológica. Nada mejor como prueba de que es la respuesta a una necesidad común y perentoria.

Surge cuando la crisis agrieta al capitalismo mundial

y el tercer mundo clama por "un nuevo orden económico internacional".

No echamos las campanas al vuelo. Simplemente constatamos que se ha comenzado a andar el escarpado, pero buen camino de la tradición bolivariana.

Cualquiera sea el destino del SELA, lo cierto es que los pueblos se impacientan y a medida que el tiempo pasa, la idea de la Patria Grande se revitaliza.

Tal vez esa sea la contestación a aquella pregunta se si el caudillo Bolívar fue o no, creador de historia en el sentido apuntado. NO vacilamos: es un genial creador de futuro, que, por su puesto, también es historia. Sus simientes fecundan la vida del hoy y del mañana.

Es que como lo expresara Victor Hugo: **no hay fuerza mayor en la historia, que una idea a la que le ha llegado su hora.**

## NOTAS

1) *Jacques Godechot* — "Las revoluciones (1770—1789)" — Ed. Labor—1968—Barcelona.

2) *Manfred Kossok* — "Historia de la Santa Alianza y la emancipación de la América Latina" — Ed. Síntesis—1968—Buenos Aires.

3) *José Enrique Rodó* — "Bolívar" en "El Mirador de Prospero" — Ed. José María Serrano—1913—Montevideo.

4) *Ob. cit. en 3*

5) *Ob. cit. en 3*

6) *Cit. por Eugenio Petit Muñoz* — "Revolución de Venezuela y ciclo bolivariano" — Miemeografo—1943—Montevideo.

7) *Cit. por Indalecio Lievano Aguirre* — "Bolívar" — Ed. La Oveja Negra—1971—Medellín.

8) *Juan Bosch* — "Bolívar y la guerra social" — Ed. Jorge Alvarez—1966—Buenos Aires.

9) *Ob. cit. en 8.*

- 10) Jean Paul Sartre—"Patricio Lumumba y neo-colonialismo"—Ed. Uruguay—1965—Montevideo.
- 11) Víctor W. von Hagen—"Las cuatro estaciones de Manuela"—Ed. Hermes—1953—Buenos Aires.
- 12) Ob. cit. en 7
- 13) Ob. cit. en 3
- 14) Salvador de Madariaga—"Bolívar"—Ed. sudamericana—1949—Buenos Aires.
- 15) Ob. cit. en 7
- 16) Ob. cit. en 7
- 17) Agustín Beraza—"Los corsarios de Artigas"—Imprenta nacional—1949—Montevideo.
- 18) Thomas B. Davie—"Carlos de Alvear"—Ed. Emecce—1964—Buenos Aires.
- 19) José Luis Busaniche—"Historia Argentina"—Ed. Solar/Hachette—1965—Buenos Aires.
- 20) Ob. Cit. en 19
- 21) Ob. cit. en 19
- 22) Ricardo Piccirilli—"Rivadavia y su tiempo"—Ed. Peuser—1943—Buenos Aires.
- 23) Ob. cit. en 18.
- 24) J. Francisco Silva—"El libertador Bolívar y el Deán Funes"—Ed. América—Madrid.
- 25) Arturo Capdevila—"Historia de Dorrego"—Ed. Espasa-Calpe—1949—BUenos Aires.
- 26) Ob. cit. en 25
- 27) Ob. cit. en 25
- 28) Simón Bolívar—"Escritos políticos"—Ed. Claridad—1950—Buenos Aires.
- 29) Antonio Zinny—"Historia de los gobernadores de las provincias argentinas"—Vol.3—Ed. La Cultura Argentina—1920—Buenos Aires.
- 30) Ob. cit. en 18.

- 31) C. Galván Moreno—"Monteagudo"—Ed. Claridad—1950—BUenos Aires.
- 32) Ricardo A. Martínez—"El panamericanismo, doctrina y práctica imperialista"—"Las relaciones interamericanas desde Bolívar hasta Eisenhower"—Ed. Alumina—1957—Buenos Aires.
- 33) Ob. cit. en 31
- 34) Ob. cit. en 2
- 35) Ob. cit. en 22
- 36) Ob. cit. en 2
- 37) Ob. cit. en 14
- 38) Ob. cit. en 32
- 39) Ob. cit. en 7
- 40) Francisco Cuevas Cancino—"Bolívar"—"El ideal panamericano del Libertador"—Ed. Tierra Firme—1951—México.
- 41) Paul A. Baran—"La economía política del crecimiento"—Ed. Fondo de Cultura económica—1959—México.
- 42) André Gunder Frank—"Capitalismo y subdesarrollo en América Latina"—Ed. Signos—1970—Buenos Aires.
- 43) Samir Amin—"La acumulación en escala mundial"—Ed. Siglo XXI—1975—Buenos Aires.
- 44) Ob. cit. en 11
- 45) Vivian Trías—"El imperio británico"—Ed. Crisis—1975—Buenos Aires.
- 46) Ob. cit. en 14
- 47) No son pocos los autores que atribuyen a Bolívar aspiraciones monárquicas. La verdad es que la contribución de Madariaga a tal idea, no es desdeñable. Su libro está tan atractiva, como maliciosamente escrito. Don Salvador resuella por las heridas de Junín y Ayacucho, bastante más de una centuria después. Hacén cuestión de las declaraciones del Libertador al agente inglés Maling en marzo de 1825, en los que según el Mr.

*afirmó que apoyaría una monarquía, si eso era indispensable para que Inglaterra protegiera a la patria de la Santa Alianza. El "bluff" de Canning estaba en pleno alboroto.*

*Hay un argumento sencillo, muy simple, que desbarata todo interesado aderezo de la historia a este respecto. Si Bolívar se hubiera querido coronar, nadie se lo hubiera impedido. Le sobró poder para ello.*

*Toda su vida y su epopeya no autorizan a nadie para descreer en la honda sinceridad de estas palabras suyas: "nunca, nunca, os lo juro, he manchado mi mente con la ambición de un reino".*

*Relego el punto a una mera nota al pie de página, por que, como dicen en mi pueblo, no hay que dar por el pito más de lo que el pito vale.*

48) Ob. cit. en 32

*Bolívar a Santander (21-X-1825): "No he visto aun el tratado de comercio y navegación con la Gran Bretaña, que según Ud. dice es bueno; pero yo temo mucho que no sea tanto por que los ingleses son terribles para estas cosas" (el subrayado es nuestro).*

## CRONOLOGIA

1783. 24 de julio: Simón Bolívar nace en Caracas. Es el cuarto hijo del coronel Juan Vicente Bolívar, de ascendencia vasca, y de doña María de la Concepción Palacios, de procedencia castellana. La casa es amplia, lujosa y cómoda. La familia posee tierras y esclavos.

30 de julio: Es bautizado en la fe católica en la catedral de Caracas.

1784. El presbítero Juan Félix Jerez Aristeguieta instituye un mayorazgo de 128000 pesos en favor de su sobrino Simón Bolívar.

1785. Bolívar pasa una gran parte del año en la casona campestre de la familia, no lejos de Caracas. Realiza las travesuras de un niño normal. Es delgado, vivaz, inquieto. Lo

cuida la esclava Matea, de 12 años de edad, y lo atiende con mayores responsabilidades su nodriza Hipólita.

**1786.** 19 de enero: Fallece el coronel Juan Vicente Bolívar Ponte, su padre. Simón Bolívar no puede comprender este infausto suceso.

**1787.** La familia trata de que el niño Simón Bolívar no comprenda el ambiente de tristeza y pesadumbre de la familia. Está en sus juegos y ellos absorben su atención. Los demás llevan un luto riguroso, según las costumbres.

**1788.** Simón Bolívar, que cuenta 5 años de edad, presencia las fiestas en homenaje al nuevo rey de España Carlos IV, que acaba de ascender al trono. Las ceremonias son presididas por don Feliciano Palacios, alférez real de la ciudad, su tío materno. Aquello pasará al tesoro de sus recuerdos.

**1789.** A Caracas llegan las noticias procedentes de la revolución que está ocurriendo en Francia, pero para Simón Bolívar esto nada significa todavía.

**1790.** El obispo Martí confirma, de acuerdo con el ritual católico, a Simón Bolívar. Este pasa una temporada en la hacienda patrimonial de San Mateo, valle de Aragua, y en unión de sus hermanos, la madre y otros familiares disfruta de las delicias del ambiente del campo. La madre está aquejada de una dolencia pulmonar.

**1791.** La madre de Bolívar se agrava progresivamente. Simón comienza a recibir clases del maestro Simón Rodríguez, que acaba de regresar de Europa y está muy influenciado por las ideas pedagógicas de Juan Jacobo Rousseau.

**1792.** 6 de julio. Simón Bolívar queda huérfano al fallecer su madre, doña María de la Concepción Palacios, viuda de Bolívar.

**1793.** A don Feliciano Palacios, padre de doña Concepción, le corresponde la tutela de Simón Bolívar Palacios, quién en unión de su hermano Juan Vicente, menor de edad también, pasa a vivir en la casa del tutor, frente a la Plaza de San Jacinto en Caracas. Al fallecer su abuelo, la tutela de Simón recae en su tío Carlos Palacios.

**1794.** El maestro Simón Rodríguez, preceptor de Simón Bolívar, se destaca al presentar un informe sobre el estado de las escuelas de Caracas.

**1795.** Simón Bolívar, próximo a cumplir 12 años de edad, huye de la casa de su tío y tutor y busca albergue en la casa del matrimonio formado por Pablo Clemente y Francisca y María Antonia Bolívar y Palacios, su hermana. 5 de agosto. Su tío y tutor Carlos Palacios lo obliga a salir de la casa de su hermana y lo interna en la casa del maestro Simón Rodríguez, a quien le encarga su educación. Se establecen cordiales relaciones entre el niño y el preceptor.

Un mes después Simón Bolívar vuelve a la casa de su tío

y tutor, pero sigue recibiendo las clases de Simón Rodríguez.

**1796.** Bolívar recibe clases de Bellas Artes, Historia y Geografía del joven maestro Andrés Bello, solamente 2 años mayor que él.

**1797.** 14 de enero, Bolívar entra a formar parte como cadete del Batallón de Blancos de los Valles de Aragua.

13 de julio. Las autoridades descubren la conspiración dirigida por Manuel Gual y José María España, venezolanos, el primero Justicia Mayor de Macuto y el segundo capitán de las Milicias de Caracas. Simón Rodríguez es arrestado porque lo acusan de estar en contacto con los revolucionarios. Guarda prisión hasta que, puesto en libertad, marcha para Europa.

**1798.** En el mes de julio, Bolívar es ascendido al grado de subteniente.

Bolívar está recibiendo clases de Matemática y Física del profesor Francisco de Andújar, fraile capuchino, de mucha fama y crédito.

**1799.** A principios del año, Bolívar parte para España en el barco "San Idelfonso". Hace escala en Veracruz y aprovecha una semana de estancia para visitar la capital de México.

Arriba a España en el mes de marzo y en junio se instala en la casa de sus tíos Esteban y Pedro Palacios, en Madrid. (La

casa se conserva todavía).

**1800.** En la capital española Simón Bolívar estudia Literatura, Matemática, idioma francés; practica la esgrima, la equitación y asiste a las tertulias literarias donde lo presenta el marqués de Ustáriz, hombre de cultura enciclopédica y de pensamiento liberal, simpatizador de la independencia de las colonias españolas de América.

En la casa del Marqués, Bolívar conoce a la señorita María Teresa Rodríguez del Toro, madrileña, de 18 años de edad, hija de don Bernardo Rodríguez del Toro, caraqueño, de mediana fortuna.

Simón Bolívar corteja a la joven María Teresa.

**1801.** Simón Bolívar pasa a vivir a Bilbao, donde la familia Rodríguez del Toro posee una propiedad agrícola. Bolívar ha propuesto matrimonio a María Teresa, pero los padres quieren observar las costumbres y esperar un tiempo para el desposorio.

**1802.** Enero a marzo. Simón Bolívar viaja por Francia.

15 de mayo. Simón Bolívar contrae matrimonio en la iglesia de San José, Madrid, con María Teresa del Toro y Alayza.

El matrimonio embarca en el puerto de La Coruña con rumbo a La Guaira (Venezuela), a donde llega el 12 de julio de 1802.

Se asientan en la hacienda San Mateo. Simón Bolívar se levanta temprano, dirige los trabajos agrícolas, sugiere ciertas innovaciones a los capataces y después monta a caballo



para recorrer sus predios. Por la tarde se dedica al estudio. Lleva la vida de un hacendado rico y culto

**1803.** Enero. La esposa de Bolívar es atacada por la fiebre amarilla durante unos días de visita en Caracas. No pueden los médicos controlar el mal y la joven recién casada fallece. Sólo cumplieron 8 meses de matrimonio.

Octubre. Bolívar sale de Venezuela con rumbo a Europa.

**1804.** Enero. Arriba a Cádiz y en esta ciudad cosmopolita trata con venezolanos y otros sudamericanos.

Febrero. Llega a Madrid y vive con mucho retraimiento social.

Mayo. Se traslada a París y presencia la coronación de Napoleón I, el 2 de diciembre de 1804. Lo acompaña su antiguo maestro Simón Rodríguez. Bolívar ha cumplido 21 años y en las tertulias parisenses intercambia ideas con los científicos Alejandro de Humboldt y Amado Bonpland.

**1805.** Viaja a Italia en unión de Simón Rodríguez y Fernando Toro. Visitan Venecia, Ferrara, Bolonia, Florencia y Perugia. Arriban a Roma, y en Monte Sacro, Bolívar jura no dar reposo a su alma ni descanso a su brazo hasta que no haya logrado libertar al mundo hispanoamericano del dominio de España.

Regresan a París.

**1806.** Enero. Bolívar ingresa en la Masonería y asiste a la logia San Alejandro de Escocia en París.

Septiembre. Sale de París, pasa por Alemania y en Hamburgo aborda la nave que lo traerá a Estados Unidos.

**1807.** Enero. Desembarca en Charleston, Carolina del Sur, Estados Unidos. Conoce las ciudades de Filadelfia, Nueva York y Boston. Regresa a Venezuela en el verano.

**1808.** en los fundos de la familia Bolívar, los hermanos Simón y Juan Vicente conspiran en unión de gente de su clase social, contra el gobierno colonial.

**1809.** El Capitán general de Venezuela le confiere a Bolívar el título de Teniente Justicia Mayor de Yare, del que no toma posesión por desavenencias con el Cabildo.

**1810.** 19 de abril. Bolívar está en su hacienda del valle de Aragua. La Junta de Caracas depone al Gobernador y Capitán General de Venezuela y asume el poder.

24 de mayo. La junta de Caracas asciende a Bolívar a Capitán.

2 de junio. La junta de Caracas acuerda enviarlo a Londres, en unión de Luis López Méndez y Andrés Bello, a desempeñar una misión diplomática.

10 de julio. Llegan a Portsmouth.

Julio-Septiembre. Conferencian con el Ministro de Relaciones Exteriores, marqués de Wellesley.

21 de Septiembre. Parten con destino a La Guaira.

5 de diciembre. Desembarcan en Venezuela y de inmediato dan cuenta de su misión cumplida.

**1811.** 2 de marzo. Se reúne en Caracas el Congreso Constituyente de la primera República de Venezuela.

19 de abril. El Congreso proclama la independencia de Venezuela.

19 de agosto. Bolívar es ascendido a Coronel.

**1812.** 26 de marzo. Un terremoto sacude a Venezuela y casi destruye a Caracas. Los españoles se aprovechan de la ignorancia para hacer creer que se trata de un castigo divino por la rebeldía de los criollos. Bolívar exhorta a seguir combatiendo por la libertad y la independencia, aun en contra de la voluntad de Dios.

25 de julio. Miranda capitula. Concluye la primera República de Venezuela.

1º de septiembre. Bolívar llega a la isla de Curazao procedente de Venezuela.

2 de noviembre arriba a Cartagena.

15 de diciembre. Bolívar traza la nueva estrategia de la Revolución en el Manifiesto de Cartagena.

23 de diciembre. Liberta a Tenerife y a Momprox.

30 de diciembre. Liberta al Guamal.

**1813.** Triunfa en el combate de San José de Cúcuta.

1º de marzo. Ocupa San Antonio del Táchira.

23 de mayo. Entra en Mérida.

15 de junio. Dicta en Trujillo el Decreto de Guerra a Muerte contra españoles y canarios.

31 de julio. Batalla de Taguanes.

6 de agosto. Bolívar entra en Caracas al culminar la campaña

Admirable y en esa fecha comienza la segunda República de Venezuela.

14 de octubre. La municipalidad de Caracas le confiere el grado de Capitán General de los Ejércitos de Venezuela y el título de Libertador.

**1814.** 15 de junio. Boves derrota a Bolívar en la batalla de La Puerta.

3 de septiembre. Bolívar y Mariño, proscritos por Ribas y Piar, llegan a Carupano.

7 de septiembre. Bolívar, bajo orden de prisión, escapa.

25 de septiembre. Bolívar se presenta ante el Congreso de la Nueva Granada.

El gobierno de Nueva Granada lo asciende a General de División y lo encarga de someter el estado de Cundinamarca a la Unión Granadina.

**1815.** 23 de enero. Bolívar parte de Bogotá rumbo a Cartagena para proseguir la lucha por la libertad de Venezuela, pero al no recibir refuerzos militares se marcha rumbo a Jamaica.

14 de mayo. Bolívar llega a Kingston.

6 de setiembre. Redacta y envía la Carta de Jamaica, uno de los grandes documentos políticos de la historia universal.

19 de setiembre. Parte con destino a Haití.

31 de diciembre. Arriba a Puerto Príncipe (Haití).

**1816.** 3 de mayo. Desembarca en Juan Griego.

1º de junio. toma de Carúpano.

2 de junio. Primer decreto sobre la libertad de los esclavos firmado por Bolívar.

6 de julio. Dicta el segundo decreto sobre la libertad de los negros esclavos.

4 de setiembre. Bolívar regresa a Haití y explica al presidente Petión el fracaso ocurrido en su expedición a Venezuela.

**1817.** 1º de enero. Bolívar desembarca en Barcelona, puerto del norte de Venezuela, para reemprender la lucha por la independencia.

6 de junio. Bolívar legisla sobre cuestiones militares al dictar el Reglamento para las causas del fuero respectivo.

18 de julio. Bolívar toma la plaza de Angostura y la declara capital de Venezuela.

24 de setiembre. Bolívar crea el Estado Mayor del Ejército.

10 de octubre. Ley de Bienes Nacionalizados.

30 de octubre. Decreto por el que se crea un Consejo de Estado en Angostura.

**1818.** 12 de febrero. Bolívar desaloja a Morillo de Calabozo.

15 de marzo. Bolívar sufre un revés en la batalla de La Puerta.

17 de abril. Frustrado atentado contra la vida del Libertador en rincón de los Toros.

18 de junio. dirige a Pueyrredón, director Supremo del Río de la Plata, un llamamiento a la unidad.

29 de julio. Inicia el Libertador la polémica diplomática con el enviado de Estados Unidos Juan Baptiste Irving.

20 de noviembre. Simón Bolívar declara que rechaza toda transacción con España.

**1819.** 15 de febrero. Abre el Congreso de Angostura, pronuncia el discurso de la inauguración y presenta un proyecto de Constitución.

18 de febrero. es nombrado Presidente y aprobada su Constitución.

11 de junio. Inicia el ascenso de los Andes.

6 de julio. Culmina el paso de los Andes. Llegada a Rocha.

25 de julio. Triunfo en Pantano de Vargas, Nueva Granada.

7 de agosto. Batalla de Boyacá. El ejército español se rinde. Barreiro queda prisionero.

10 de agosto. Bolívar entra en Bogotá y culmina la liberación de Nueva Granada.

20 de setiembre. el Libertador retorna a Venezuela.

17 de diciembre. Bolívar funda la República de Colombia que comprende Nueva Granada, Venezuela y Ecuador.

**1820.** 20 de mayo. Bolívar promulga los decretos en favor de los indígenas, instrucción pública, agricultura y comercio.

12 de octubre. Desde Pisco, el general José de San Martín escribe a Simón Bolívar.

25 de noviembre. Armisticio de Trujillo.

27 de noviembre. Entrevista en Santa Ana entre general Morillo y el Libertador.

**1821.** 23 de enero. Bolívar escribe una carta al general Bernardo O'Higgins.

4 de febrero. Dirige una carta al Director Supremo del Rfo de la Plata, en la que reitera anteriores llamamientos a la unidad de la América Meridional.

6 de mayo. Se instala el primer Congreso de Colombia en Cúcuta, que acuerda la centralización administrativa de la República.

24 de junio. Bolívar regresa a Caracas y el pueblo lo recibe en las calles vitoreándolo clamorosamente.

12 de julio. el Congreso de Colombia fija las bases de la unión de la nueva República.

1º de agosto. Parte a la Campaña del Sur de Nueva Granada.

21 de agosto. Carta a José de San Martín.

23 de agosto. Carta a Bernardo O'Higgins.

30 de agosto. Promulgada la nueva Constitución de Colombia y Bolívar es elegido Presidente.

9 de octubre. Bolívar recibe amplias facultades para dirigir la guerra.

26 de noviembre. Carta a José de San Martín.

30 de diciembre. Al partir Bolívar a la Campaña del Sur, Francisco de Paula Santander se hace cargo del Poder Ejecutivo.

**1822.** 26 de enero. Bolívar en Popayán.

8 de marzo. Estados Unidos reconoce la independencia de la Gran Colombia.

7 de abril. Triunfo de Simón Bolívar en la batalla de Bomboná.

24 de mayo. Antonio José de Sucre vence al ejército español en la batalla de Pichincha y libera a Quito.

29 de mayo. La antigua presidencia de Quito queda incorporada a la Colombia bolivariana.

16 de junio. El Libertador entra en Quito.

22 de junio. Carta de Bolívar a San Martín.

6 de julio. Tratado de alianza y confederación entre Colombia y Perú.

11 de julio. Bolívar entra en Guayaquil.

25 de julio. Encuentro de Bolívar y San Martín en Guayaquil.

30 de julio. Guayaquil queda incorporado a la República de Colombia.

**1823.** 3 de enero. Bolívar en Pasto.

14 de mayo. El Congreso del Perú llama a Bolívar.

1º de junio. Firma del Tratado Colombia-Venezuela.

7 de agosto. Bolívar embarca en el bergantín "Chimborazo".

1º de setiembre. Bolívar llega a Lima y es declarado Dictador por el Congreso.

10 de setiembre. El Congreso de Lima lo inviste con poderes absolutos en lo militar.

3 de octubre. Tratado entre México y Colombia.

**1824.** 1º de enero. El Libertador enferma con fiebre en Plativilica y guarda cama durante un mes.

20 de febrero. Disuelto el Congreso de Lima. Bolívar asume en plenitud los poderes gubernamentales.

8 de abril. Decreto de Trujillo.

6 de agosto. Batalla de Junín.

7 de diciembre. Bolívar convoca al Congreso de Panamá.

9 de diciembre. Batalla de Ayacucho.

1825. 10 de febrero. El Congreso, en Lima, declara a Bolívar Libertador y Padre del Perú.

9 de mayo. El Libertador es felicitado por sus triunfos mediante una ley del Congreso Constituyente del Río de la Plata.

21 de junio. Bolívar llega a Cuzco.

4 de julio. Decretos de repartición de tierras entre los indígenas y abolición del título de autoridad de los caciques sobre los mismos.

5 de agosto. Llega a Puno.

10 de agosto. Creación de la República de Bolívar (Bolivia).

18 de agosto. Llegada del Libertador a La Paz.

5 de octubre. Entrada de Bolívar en Potosí.

7 de octubre. Recibe en Potosí a una delegación de Río de la Plata.

3 de noviembre. Llegada a Chuquisaca.

1826. 15 de enero. Sale de Chuquisaca con destino a Lima e instala su residencia en La Magdalena, un lugar adyacente a la ciudad.

16 de mayo. Da instrucciones referentes al Congreso de Panamá a sus enviados.

25 de mayo. Perú reconoce a la República de Bolivia.

El Congreso de Chuquisaca sanciona el proyecto de Constitución enviado por Bolívar.

22 de junio. El Congreso de Panamá inicia sus sesiones con representantes de México, Centroamérica, Colombia y Perú.

15 de julio. Clausurado el Congreso de Panamá.

3 de setiembre. Después de dos años de gobierno en Perú deja el país y vuelve a Colombia.

14 de noviembre. Ordena grandes reformas y reducciones en el presupuesto de Colombia.

1827. 12 de enero. Desaparecidas las desavenencias con José Antonio Páez, entra en Caracas.

16 de marzo. Ruptura del Libertador con el general Santander.

18 de abril. Motín antibolivariano en Chuquisaca.

24 de junio. Decreto de Bolívar sobre instrucción pública.

5 de julio. Embarca en La Guaira con rumbo a Cartagena.

10 de julio. Llegada a Cartagena.

10 de setiembre. Llega a Bogotá y presta juramento constitucional.

1828. 2 de abril. Inaugúrase la Convención Logra reorganizar la República.

27 de agosto. Bolívar asume el mando supremo a consecuencia del desacuerdo de la Convención.

25 de setiembre. Atentado en Bogotá para asesinarlo.

9 de octubre. El Congreso Anfictiónico se extingue definitivamente en Tacubaya, México.

1829. 17 de marzo. Bolívar llega a Quito y establece su cuartel general para desde aquí emprender la batalla de Guayaquil.

5 de agosto. Carta al encargado de negocios de la Gran Bretaña, Patricio Campbell, sobre los inconvenientes de establecer una monarquía en Colombia.

1830. 15 de enero. En condiciones precarias de salud y difíciles en política, Simón Bolívar hace su entrada en Bogotá.

20 de enero. Abre sus sesiones el Congreso Admirable.

4 de mayo. el Congreso de Bogotá elige presidente de Colombia al general Mosquera y Bolívar se retira a la vida privada.

24 de junio. Exiliado, llega a Cartagena con la intención de embarcar para Europa.

1º de diciembre. enfermo, llega a San Pedro Alejandrino.

17 de diciembre. Fallece en San Pedro Alejandrino, Santa Marta.

Nota:Extraído de Antología Bolivariana.Selección y prólogos de Julio Angel Carreras.

## INDICE

I PROLOGO	9
II PROLOGO	15
LA EMANCIPACION DE AMERICA LATINA	23
SIMON BOLIVAR: CAUDILLO NACIONAL DE LOS PUEBLOS HISPANO AMERICANO	31
BOLIVAR Y LOS CAUDILLOS FEDERALES DEL RIO DE LA PLATA	53
EL CONGRESO DE PANAMA	65
LA DESINTEGRACION	81
EPILOGO	97
NOTAS	105
CRONOLOGIA	109

Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de  
1987 en los talleres gráficos de L'Image Artes Gráficas S.A.  
Cosquín 5343, Capital.